LA CIUDAD INVENCIBLE

FERNANDA TRÍAS

Lectulandia

La ciudad invencible es una cartografía personal de Buenos Aires. Es en esta ciudad, y no en otra, donde una escritora uruguaya recibe la noticia de la muerte de su padre. Mientras recorre las calles, ella busca esquinas donde cultivar recuerdos que no se relacionen con «la Rata», el exnovio violento al que denunció por maltrato. Esta novela, en la que el vértigo del recién llegado se encuentra con nuevos afectos, es una forma de apropiarse de un territorio y entregárselo al lector a través de una mirada aguda y desgarrada.

Fernanda Trías

La ciudad invencible

ePub r1.0
Titivillus 05-08-2020

Fernanda Trías, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Se publicó por primera vez como *Bienes muebles*.

A Ricardo Strafacce

Esta ciudad que yo creí mi pasado es mi porvenir, mi presente;
los años que he vivido en Europa son ilusorios, yo estaba
siempre (y estaré) en Buenos Aires.

—Jorge Luis Borges

EL SUR

Ya no es mi cumpleaños. Las primeras horas de la nueva edad se deshacen, caen como la lluvia de papel picado que ahora tiro por la ventana. «Falló la gravedad», dice Baigorria. O podría haberlo dicho. Los papeles flotan, brillantes en el aire nocturno, y se alejan hacia la iglesia Guadalupe. Un viento silencioso los empuja. Los aviones que bajan rumbo a Aeroparque perforan las nubes con su luz. Por un momento creo ver una claridad a lo lejos, donde imagino el río. ¿Amanece? Alguna vez, desde Colonia, pensé que las luces en el horizonte eran el resplandor de un gigantesco incendio. De arriba, Scalabrini es una franja negra y vacía por la que de vez en cuando pasa algún taxi. Los semáforos indiferentes siguen cambiando de color. El Varela Varelita, apagado y con la cortina baja, se ve diminuto y anacrónico con sus molduras *art decó*. Parece ahogado entre tanto edificio. Respiro: catorce pisos sobre la avenida pero aún dentro de Buenos Aires, que también existe hacia arriba, en su cielo de cúpulas y luces artificiales.

Desde el balcón veo las siluetas de mis amigos tras el resplandor azul de la computadora. Sobre la mesa quedaron pedazos fríos de *pizza*, botellas vacías, platos con torta de chocolate. La reja húmeda de rocío me enfría la espalda. Baigorria vuelve a la sala justo en el momento en que Julia sale, y una ráfaga de voces y música me llega cuando desliza la puerta ventana. Julia apoya la nariz en la reja; habla sin mirarme: «En qué estarás pensando». Llegué a Buenos Aires por las razones equivocadas, estoy a punto de decir, pero Julia me gana de mano: «No pienses», dice. «Hoy no pienses en nada».

Ricardo ya pasó de Led Zeppelin a Palo Pandolfo cuando vuelvo a la sala y anuncio, con golpecitos de tenedor en el vaso, que está amaneciendo. Enseguida se arma el gran revuelo porque otro pregunta cómo puede estar amaneciendo si desde acá no vemos el Este. A nadie se le ocurre decir que son las cuatro de la mañana, y eso porque ya perdimos la cuenta de las horas y de las botellas de Malbec. Ahora Javier está parado en medio de la sala y hace señas con los brazos como esos hombres que dirigen el tráfico: «Este, Oeste, Norte, y el Sur a mi espalda». Ricardo, que es el dueño de casa, no está de

acuerdo: «¿Vos estás loco? El Sur está allá», dice, pero no veo hacia dónde señala porque Palo Pandolfo dejó de cantar y la pantalla de la computadora acaba de ponerse en negro.

La voz de Julia apenas se oye cuando nos advierte, cámara de fotos en mano, que está filmando. Somos diez, a pesar de que Ricardo me hizo prometer que no invitaría a más de cinco personas porque su departamento era chico y solo tenía siete sillas. No pude convencerlo de que el sofá también contaba, en parte porque el sofá estaba sepultado bajo una montaña de libros y revistas que eran, según él, la razón por la que no podía recuperar las riendas de su vida. El día en que lograra ordenar la biblioteca, deshacerse de los suplementos que juntaban moho bajo las sillas, organizar las torres tambaleantes de manuscritos sobre la mesita del teléfono, recién ahí podría rescatarse. Así que le aseguré que solo había invitado a los cinco amigos más cercanos: más nosotros dos, siete. Él lo citó a Macedonio: «Si faltaba alguien más, no cabíamos».

Pero hice trampa, porque Andy iba a venir después de cerrar la librería —que en aquel entonces quedaba en Santa Fe, pequeña y atiborrada, como una prolongación de la maraña vegetal del jardín botánico—, y Javi, más tarde, cuando el Varela se fuera vaciando y él empezara a bajar las cortinas metálicas con los últimos parroquianos aún adentro, despidiéndose, buscando las monedas. Luego cruzaría la avenida, bicicleta en mano, sonrisa indeleble en la cara, a la hora en que a Ricardo ya no le importaría tener que mover la pila de libros del sofá.

Ese video torcido (la cámara quedó apoyada de costado sobre un parlante y grabó hasta agotarse la batería) es casi la única imagen que tengo registrada de mis dos años en Buenos Aires. «Vos sabés que Belgrano está en el Norte y que Pompeya está en el Sur, ¿no?», oigo a Ricardo decir. Lo veo —aunque la imagen esté completamente oscura—, porque su voz lo reconstruye entero. «Nadie ignora que el Sur empieza del otro lado de Rivadavia», y entonces yo, que durante años quise volver al Sur, lo único que hice fue cambiar de norte.

Suena el tema de Miguel Abuelo, *Buen día, día*, y miro otra vez hacia el balcón. Sobre el ventanal nos reflejamos nosotros, tremendos y borrachos. Ya no somos jóvenes. Dentro de nuestro reflejo, como órganos en fuego, brillan las luces de los edificios: las luces son bengalas, explosiones en el corazón y la cabeza (en el hígado), una guerra del tiempo —de la ciudad invencible— contra nosotros. «Aquí tu libertad / aquí tu intención / apelmazada de ser pájaro». Bajan los aviones hacia Aeroparque, esa pista improbable en medio de Palermo. «Buen día, sol / Soles, buen día». Y sin embargo todavía no

amanece. «Vos filmá los vasos nada más», le dice Ricardo a Julia. «No se sabe quién brinda, y entonces todo queda trabajado en el fuera de campo».

Cuando salimos a la calle, Julia decide comprar flores en el puesto de la esquina. El vendedor duerme en una silla de playa con la cabeza colgando hacia atrás bajo una luz fluorescente que vuelve irreal el color de las plantas. Hablé con él una vez, cuando me explicó cómo cuidar la begonia que hace rato está muerta en mi ventana.

Se llama Jesús, es de Cuzco y tal vez viva en la casa ocupada de Scalabrini y Soler. Con las flores en la mano, Julia y yo doblamos por Paraguay hacia mi casa. Los porteros ya manguerean la porción de vereda que les corresponde; los envoltorios de golosinas y las hojas secas salen disparados con la presión del agua hacia las alcantarillas y el frío se levanta de las baldosas mojadas y nos hace temblar.

Solo dos cuadras, pero el departamento de Ricardo no se ve desde el mío. Julia llama a su novio y se enfrascan en una pelea. A pesar de los gritos, la discusión tiene algo adormecedor: el nombre de él repetido mil veces, la misma letanía: «Luciano, ¿no te digo que mi celular murió?». Murió, Luciano, mi celular murió. Me estremezco. Las flores en un vaso, los techos vacíos, las plantas nuevas que acaso esta vez resistan. No prendemos ninguna lámpara y, ahora sí, amanece.

OÍD, MORTALES

Le di la espalda a Buenos Aires igual que ella a nuestro río. Nunca la soñé como algunos sueñan con París. Para mí Buenos Aires era esa ciudad a la que mis padres viajaban para comprar camisas baratas porque el cambio nos favorecía. «Comprabas una camisa y te regalaban otra», contaba mi padre, «nadie entraba en las tiendas de Florida». A lo sumo, Buenos Aires era el delirio de mi abuela paterna, que tenía la costumbre de cantarme el himno argentino porque había nacido ahí, con mucho orgullo: ella era *argentina* (y lo pronunciaba marcando bien la ge), a pesar de que sus padres la habían traído al mes de nacida y nunca más volvió al país. Su cédula lo confirmaba: «Nacida en la República Argentina». Mi abuela se sabía el himno de memoria y me lo cantaba, con su voz de perfecta *mezzosoprano*: «Oh, inmortales, el grito sagrado…», de lo que concluí que ser argentino era una forma de inmortalidad. «Estará lleno de viejitos», le dije asombrada. Ella no se lo tomó a bien.

TECHOS

Cuatro mudanzas, una separación, una muerte. Así me recibió la ciudad de mi abuela. Mi primer intento de conseguir casa en Buenos Aires fue a través de internet: «Estudiante boliviana (diecinueve) busca compañera para compartir habitación grande, impecable, en pensión para señoritas. Avenida Forest, Chacarita». El cuarto no era tan ruidoso como imaginé, a pesar de que quedaba en el primer piso sobre una avenida congestionada. Tenía dos cuchetas —podía hospedar hasta cuatro señoritas por un precio menor— y un escritorio. En el edificio había una sala de estudio con mesas y sillas blancas de jardín y un televisor empotrado en la pared, siempre encendido pero en permanente *mute* para favorecer la concentración. Si en la sala pulcra, de sobriedad monástica, reinaba el plástico desinfectado, la habitación tenía algo de vestuario de gimnasio: cuchetas de aluminio, techo de zinc y cuatro casilleros levemente abollados para los objetos de valor (candado no incluido). El gran lujo, sin embargo, era la *kitchenette* integrada a la habitación, con un frigobar y un microondas; el uso de cualquier otro electrodoméstico quedaba expresamente prohibido.

Aquella era una pensión para señoritas desesperadas: estudiantes extranjeras, mayormente de Bolivia, Paraguay y Perú, o chicas de provincia que no tuvieran garantía «de capital», la única aceptada por las inmobiliarias. El negocio de las pensiones estudiantiles prosperaba, así de tortuoso era conseguir un alquiler sin la famosa garantía, y cualquiera estaba dispuesto a compartir un cuarto con decoración carcelaria por el precio de un departamento modesto. Yo también; excepto que ya no era una «señorita», y eso complicaba las cosas. Delmira, así se llamaba mi futura compañera de cuarto, hacía un año que vagaba de pensión en pensión. Estudiaba en Buenos Aires porque era gratis y ella quería ser dentista. Parada en medio de la habitación —*jeans* azules, zapatillas Topper, una franja de piel oscura asomando entre el cinturón y el borde del suéter ajustado— pasaba la mano por la baranda fría de la cucheta mientras describía, con distancia casi clínica, los colchones hundidos, las paredes filtradas de humedad, las instalaciones

eléctricas caseras y los baños estancados de las pensiones donde había vivido. En Abasto, en San Nicolás, en Microcentro. Se sentó en el colchón nuevo, todavía envuelto en nailon, y se echó hacia atrás, satisfecha. (El nailon crujía; sonaba como billetes nuevos). «No vas a conseguir nada mejor que esto», me dijo.

Bajamos juntas a la oficina de la administradora, una salita con ventana a la calle. Detrás de su cabeza negra, de pelo teñido con impecable esmero, desfilaban los peatones. A Delmira le sudaban las manos; me había hecho tocarlas un minuto antes de que la mujer nos hiciera pasar a la oficina y yo las había estrujado, dos esponjas tibias. «A ver…», dijo la administradora, analizando mis papeles. Tenía una verruga en la nariz, y aunque uno podría apostar que una mujer con una verruga marrón en la punta de la nariz había nacido para administrar una pensión de señoritas, no dejaba de sorprenderme que una persona y su destino acabaran por juntarse. Si a la verruga se le sumaba la pollera larga y gris, de paño grueso, los mocasines con soquetes deportivos blancos, el saquito de cachemir abrochado hasta arriba y la cadena de oro con el dije de la Virgen Niña, la mujer no podía ser otra cosa que una bruja o una santa. (En ese momento decidí lo primero; ahora sé que era lo segundo). Me miró de arriba abajo, me hizo dos preguntas, y en menos de tres minutos ya había rechazado mi candidatura. El motivo: yo no era estudiante, no tenía trabajo fijo y le llevaba diez años a la pensionista más vieja. No pude refutar ninguna de sus aseveraciones.

Salimos de la pensión con Delmira y caminamos unas cuadras hasta El imperio de la pizza. Comimos una porción de paradas, en un silencio que recuerdo desolador, tal vez más para Delmira que para mí. Ella se había ilusionado conmigo, así me dijo, y ahora solo le quedaban tres días para conseguir otra compañera antes de que se le venciera la reserva, depósito incluido. Dejamos nuestros platos aceitosos sobre el mostrador de mármol y cruzamos la calle. Nos despedimos junto a un vendedor de algodón dulce en la entrada del subte. Estación Lacroze, línea B.

El segundo intento también fue inútil. A través de una cadena de conocidos de la Rata (a quien por entonces no llamaba así), encontré una casa en Villa Urquiza para compartir con un estudiante de cine y una aspirante a actriz, Malena, que los fines de semana trabajaba de payaso en un supermercado. Tras una primera entrevista telefónica, Malena y su amigo me invitaron a cenar. Ella no se parecía en nada a mi idea de una «chica payaso de supermercado». Rubia, bajita y con una sonrisa de anuncio para blanqueamiento de dientes. Me recibió sentada en un futón, descalza, las uñas

de los pies y las manos pintadas del mismo rojo oscuro, y una *laptop* cubierta de autoadhesivos sobre la falda. Ahí me enteré de que su trabajo no consistía en disfrazarse de payaso, con peluca enrulada y nariz de goma, sino en pasearse por las góndolas como una clienta más, hasta que de pronto daba un salto y se ponía a cantar y a bailar mientras relataba no sé qué virtudes del producto promocionado.

Me mostró la habitación, de paredes altas pero sin ventanas, que ahora alquilaba un estudiante de intercambio. Miré la ropa del muchacho, la cama deshecha, una taza y un plato vacíos sobre la mesa de luz. «Siempre come acá encerrado», dijo ella, «se encierra y no te enterás que existe». Parecía alarmada ante esa posibilidad, la simple idea de que alguien pudiera preferir la soledad a la compañía de sus dientes maravillosamente blancos. A pesar de la falta de luz y del aire estancado, aquello tenía mucho de hogar y me cuidé de no mencionar a la Rata. Por las dudas, tampoco le dije que nada me hacía más feliz que encerrarme en mi cuarto.

La cena transcurrió a la perfección. El amigo de Malena se encargaba del horno; ella se levantaba cada tanto a cambiar la música en su computadora y me preguntaba algo. A todo yo respondía que sí. Sí a las bandas alternativas, incluso las que no me sonaban ni de nombre. Sí a la huerta orgánica. Sí al olor de los repollitos de bruselas. Sí a los ensayos de teatro en la sala. Sí al incienso. Sí a los almuerzos con su madre. Sí a dejar los zapatos en la puerta. ¿Y las fiestas? A ellos les gustaba hacer fiestas en la terraza, proyectar videoarte, invitar gente. «Sí, sí, me encantan las fiestas», dije, igual que le había dicho que sí a Delmira cuando me informó que su novio dormiría varias noches a la semana en la cucheta de abajo.

Ya casi iban a entregarme las llaves de mi flamante hogar, cuando el teléfono sonó. El mío, quiero decir. Miré la pantalla y vi que era la Rata, con quien había tenido una discusión furibunda unas horas antes. Rechacé la llamada y seguí conversando. Noté que Malena no comía pan. «Soy alérgica al gluten», dijo y su amigo se rio. El teléfono volvió a sonar; miré de reojo la pantalla. «No es nadie», dije. Pero a la cuarta llamada me vieron apagar el teléfono y tuve que confesar. Risas de Malena; comentario comprensivo de su amigo. Brindis por los ex, brindis por los finales y los nuevos comienzos.

Al rato me pareció oír otro teléfono. «Algo suena», dije. El celular de Malena, que había quedado en su habitación, tenía tres mensajes de texto de un número desconocido y el correo de voz lleno. La Rata había rastreado la cadena *mails*, los *forwards* de *forwards*, hasta dar con alguien que conocía el teléfono de Malena. En el último mensaje, que ni siquiera llegamos a

escuchar completo porque había agotado el tiempo de grabación, directamente anunciaba que venía a buscarme. Nos despedimos rápido, con esos abrazos medio fingidos y el postre sin terminar abandonado sobre el plato. Desde la puerta, Malena dijo que, *just in case*, pasaría doble llave. Su amigo preguntó si «Justin Case» era un actor famoso y dijo que no contáramos con él para defendernos, que por suerte era gay y no necesitaba impresionar a las mujeres.

Mientras bajaba por Blanco Encalada volví a mirarlos. La luna no cabía en la calle, no tanto por los árboles que hacían la fama del barrio, sino por los altísimos edificios recién construidos que imponían la sombra de sus torres espejadas. Ellos seguían en la puerta —no se habían desvanecido—, pero no me vieron cuando les hice adiós con la mano y tal vez no me hayan visto nunca, ni siquiera cuando estuve frente a sus ojos.

Tres días después recibí un correo de Malena rechazando mi candidatura. El motivo: yo aún tenía problemas que resolver; la Rata o yo —quizá los dos — estábamos locos y ella tenía miedo. No pude refutar, tampoco esta vez, ninguna de sus aseveraciones. La Rata era el eslabón perdido en casi todos mis intentos por conseguir casa en Buenos Aires. Yo aún no tenía amigos, no conocía a nadie. Debía sentirme agradecida.

Viajé a Montevideo para tomar distancia y cuando volví alquilé un cuarto en una casa de familia en La Paternal. Espinosa y Álvarez Jonte. Pagaba una suma exorbitante por una habitación diminuta en la que apenas entraba la cama, un ropero y un escritorio plegable. Prácticamente había que saltar de la cama a la silla y de la silla a la puerta, porque mi valija vacía se atravesaba en el único hueco disponible. Por la ventana enrejada se veían los techos alquitranados de las casas vecinas. Los perros ladraban en las terrazas; se contestaban unos a otros en un idioma que ignoraba el silencio.

La casa en que vivía también tenía un perro. Era un perro-lobo, animal de único dueño, incapaz de consolarse hasta que su ama llegara del trabajo. Durante el día aullaba como si lo estuvieran despellejando vivo y sus bramidos eran perturbadoramente humanos. Nibia, la abuela de noventa y tres años con la que yo compartía la ducha, tenía su dormitorio en la planta baja, donde pasaba el día mirando televisión. La primera tarde, a solas con ella, pensé que se había caído y que los gritos eran pedidos de auxilio. La imaginé destartalada en el piso frío del baño, tal vez desnuda, muriendo de hipotermia. Aullaba, aullaba, y yo, petrificada en mi celda, volví a imaginarla caída, extendiendo un brazo sin fuerza, el pelo empastado en sangre.

Aun así, no fui a socorrerla: no me animaba a salir del cuarto. Por entonces yo vivía con miedo. La Rata me había advertido que usara pantalones porque a las mujeres con pollera las violaban por la calle. También debía sentarme detrás del asiento del taxista, para que el tipo no me mirara las piernas por el espejo (y me violara a continuación). Una vez, durante una pelea, llegó a secuestrarme dentro de su casa mientras gritaba que, por mi propio bien, porque me quería más que a su vida, nunca me dejaría salir sola a la noche de Buenos Aires. Decía esto mientras caminaba con los pies sangrantes —se había cortado con una vasija que él mismo se partió en la cabeza— sobre la ropa desperdigada en el suelo. Yo, más asustada de él que de los peligros de la ciudad, subí a la terraza y casi consideré la posibilidad de saltar del techo. Pero no era eso, tampoco. «Miro esta cuchara y no sé si ese pensamiento es mío o de él», le dije una vez a Julia. El miedo se había convertido en mi Odradek («tengo miedo de mí mismo»); el miedo era esa costra negra que se acumula entre los azulejos del baño, era la mugre endurecida dentro de mí, mis propias articulaciones, de modo que no podía vivir sin él, pero anquilosada como estaba, tampoco podía moverme.

La vieja aulló toda la tarde sin que yo reaccionara. Ya estaría casi muerta cuando la dueña entró a la casa dando gritos y haciendo callar al perro, que se hundió en el más profundo y encantador silencio. Unos días después, la dueña me advirtió que si la oía insultar a su madre, no me preocupara. «No la quiero», me dijo, «nunca la quise. Ahora parece una viejita, pero por dentro es otra cosa». No me animé a preguntar qué era por dentro ese cuerpo exiguo, cubierto de lunares, pero supuse que allí estaría la clave, el motivo por el que nunca le limpiaba el baño. Tal vez el descuido, la mugre en los desagües, los pelos púbicos pegados al jabón, fueran una manifestación de su miedo, la costra negra que la endurecía a ella también, y no una simple forma de venganza.

Salía de mi cuarto lo menos posible. Mi recorrido se reducía a caminar por San Martín hasta Juan B. Justo para hacer las compras durante el día o ir al locutorio en Juan Agustín García y navegar en internet por dos pesos la hora. También miraba las noticias en el televisor del locutorio y así me enteraba de más muertes, asesinatos, choques y todos los peligros que ocurrían en alguna parte de la ciudad, como decía la Rata, aunque por alguna razón nunca era la mía. En mis días más aventureros tomaba el 44 hasta Chacarita y de ahí el subte B hacia Corrientes, donde caminaba por las librerías (sin cruzar la 9 de Julio), me tomaba un café en La Giralda y volvía, casi siempre antes de que se hiciera de noche. Vivía como si el 44 y el

subte B fueran los únicos medios de transporte que existieran en Buenos Aires. No lograba salirme de ese eje ni echarle cloro a mis articulaciones, mucho menos liberarme de mi Odradek.

Pasaba la mayor parte del tiempo en la terraza. Ahí agarré la costumbre de mirar techos, de acceder a las vidas ajenas a través de las pistas que dejaban en sus azoteas: la ropa tendida y separada por colores, los objetos abandonados allí como si nadie pudiera verlos, sillas sin una pata, fierros que se herrumbraban con la lluvia, baldes vacíos que rodaban empujados por el viento. A veces la ropa quedaba en la cuerda, venía una lluvia rápida, típica de Buenos Aires, y la ropa se mojaba y se volvía a secar sin que el dueño se enterara. Cuando por fin me mudé al monoambiente en el octavo piso sobre Medrano —a tres cuadras de la casa de Ricardo y del Varela Varelita—, seguí mirando techos, cada tanto acompañada de Marita, mi vecina puertorriqueña que tenía una pierna de plástico.

FLORES

Se me ocurre que los puestos de flores en Buenos Aires son bocas de droga. ¿Cómo se explica, si no, que esos puestos estén abiertos la noche entera, llueva o truene, todos los días del año? Bajo del colectivo y paso junto al puesto de Paraguay. Jesús está escuchando la radio, otra vez con los ojos entrecerrados y la cabeza reclinada hacia atrás. Ningún cliente a la vista. Cruzo al Varela y encuentro a Ricardo hablando con alguien en la ventana. Está sentado en el borde recién pintado, fumando bajo las letras doradas. «Qué cara tenés, che». Es que vengo del peritaje psicológico, digo, y él sabe perfectamente a qué me refiero. Me siento en otra mesa (nuestro código cuando queremos estar solos), pido un coñac y una medialuna. Me encanta el momento en que Javier trae sobre la bandeja la copita llena de agua caliente y la vacía en otro vaso antes de servir el coñac. En los televisores aparecen los números de la quiniela. Alguno de los muchachos del bar podría hacerse rico hoy, pero no, ni siquiera en la uruguaya hay números ganadores. Mojo la medialuna dentro de la copa y unas migas quedan flotando en la superficie. Trato de pescarlas con la lengua. Desde la ventana, Ricardo me hace gestos para que le diga cómo me fue en la fiscalía. Muevo la cabeza, no tengo ganas de hablar con nadie. A lo sumo me sentaría con Marita a esperar el momento, siempre imprevisible, en que los focos de la calle se encienden y los pájaros dejan de piar, su reverencia a la noche.

La oficina de salud mental quedaba sobre la calle Florida. Por la ventana se veían unos comercios sucios, dos o tres neones apagados y las típicas cajas de aire acondicionado reventando las fachadas. ¿Qué venden esos quioscos? ¿Quién compra tantas flores en Buenos Aires? Sentada en una silla de cuerina que me hacía transpirar las piernas, acaté las órdenes de la psicóloga y dibujé un hombre bajo la lluvia. Un hombre con paraguas. Eso está bien, sí, solo que el hombrecito —de estricto traje y corbata— estaba parado sobre la nada misma: nada de piso, nada firme donde apoyar sus zapatos lustrados, y las gotas no nacían de nubes tormentosas sino del borde de una hoja blanca como un abismo. Dibujé una casa con las ventanas chanfleadas y sin chimenea.

Dibujé una familia disfuncional, sin padre y sin perro. Dibujé una persona con orejas, sí, solo que sus manos eran demasiado pequeñas, apenas un garabato en la punta del brazo, y sus pies desproporcionados. Hice rayas, círculos, arbolitos cagados por pájaros, huevos en las ramas. Contesté trescientas preguntas de opción múltiple: «A veces me siento sin esperanza. A veces creo que la vida no tiene sentido. A veces pienso en la muerte. A veces tengo miedo. A veces lloro sin razón». Elegí colores. Descifré manchas de Rorschach. (¿Qué color es más feo: el amarillo histérico, el negro, el marroncito vómito?). A veces me siento una boluda, señora psicóloga, creo que me contradigo. *Siempre* me contradigo. Ella me mira. Señora psicóloga, ¿quién compra flores en Buenos Aires un lunes a las tres de la mañana? ¿Alguno de sus amantes le compró una yerbera un martes de madrugada? Porque Jesús está ahí —el peruano de las flores, no el que usted piensa—. Jesús vino desde Cuzco para dormir con un tubolux en la cara y la cabeza colgando hacia atrás. Hace frío y tiene los brazos cruzados en el pecho, se autoabraza. ¿Cómo definiría usted el perfil psicológico de alguien que se autoabraza y no vende una sola flor en toda la noche? Pero no hago preguntas; ni siquiera a Jesús, cuando le compro una menta porque no me animo a preguntarle si de verdad vende droga y no puedo confesarle que a veces tengo pensamientos de muerte.

¿Qué es lo último que querrías ser? Una botella de plástico. ¿Y además de una botella de plástico, qué otra cosa no querrías ser? Una gallina. Psicóloga levanta las cejas. Una gallina alimentada con comida de perro en un gallinero industrial. ¿Por qué? Me encojo de hombros; me doy cuenta de que resbalo. Algo que nadie quiere, digo, una botella de plástico que tardará años en degradarse y contaminará el planeta. Un bicho en condiciones infrahumanas. ¡Chan! Suena la alarma psicológica. Una gallina no es humana. Crucecita en la planilla de normalidad. No quiero que me corten la cabeza y andar a los tumbos durante diez segundos hasta que la sangre se vacíe al igual que mi conciencia. ¿Usted oyó hablar de Miracle Mike, el pollo que vivió casi dos años sin cabeza? ¿Sabe cuánto son diez segundos en el tiempo de un cuello apretado entre dos manos demasiado fuertes? El cuello queda hinchado y el edema va bajando hasta colgar entre las clavículas como una bolsita gris, el buche suave de un pelícano. Usted no cree en el milagro, señora, mujer de poca fe. Mike el Milagroso picoteaba su comida todas las mañanas aunque no tuviera pico, solo un agujero que era el cuello entero; Mike cantaba, aunque no tuviera garganta para cantar.

Acabo de decidirlo. Voy a terminar el coñac, pasar por el chino (de nombre oficial: Minimercado Porvenir), comprar una botella de Don Valentín e invitar a Marita a mi casa. No tengo ni siquiera que tocarle la puerta; alcanza con que haga un poco de ruido con las bolsas al salir del ascensor para que ella misma se asome. Su sobrina no la deja tomar, hasta le huele el aliento por las noches. Así que antes de irse le preparo un café —se lo sirvo negro, sin azúcar—, se lava los dientes, hace gárgaras, sopla dos veces en el hueco de las manos y se va, exagerando el rengueo de la pierna mala, moviendo el culo para hacer rabiar a la sobrina que sospecha de mí, pero no puede confirmarlo.

Ricardo acaba de empezar un partido de ajedrez con un tipo nuevo que no es del barrio y que los muchachos llaman el Importado. Junto al tablero está su vaso de fernet y un libro marcado en incontables páginas con servilletas de papel finas y transparentes. Le pido a Javi que me cobre. Uno de los viejos del bar sonríe y levanta la mano. Cualquiera pensaría que se ha ganado la quiniela nacional, pero no, solo quiere otra Hesperidina. Yo quiero saber si en el puesto de flores venden droga. Una vez fui a la milonga del salón Canning, un gran galpón con un cubo para el champán sobre cada mesa y largos cortinados de terciopelo en las paredes. Martes por la noche y alcanzó con preguntarle al cuidacoches para conseguir cocaína de pésima calidad. Peor es nada. Mientras tanto, los japoneses hacían firuletes en la pista; siempre son los mejores en todo, dicen, pero lo hacen sin corazón. Así es acá: japoneses invadiendo las milongas; chinos tomando los supermercados; paraguayos conquistando las fruterías; peruanos escuateando los puestos de flores. También dicen que los repartidores de *pizza* son motochorros o *dealers*. Lo dice el encargado de mi edificio, cuando le toco la puerta tapizada de estampitas de la Virgen Guadalupe; lo dicen las viejas que te hablan en el colectivo; lo dice el verdulero que está frente a Porvenir, mientras se queja de que los chinos también vendan fruta y verdura. «Ellos son más, ellos pueden negociar los precios». Me lo cuenta en confidencia porque me ve cruzar de Porvenir para comprarle la fruta a él. Yo le contesto: «Tu problema es que sos de River».

Mi *dealer* no es repartidor de *pizza* sino taxista, pero viene cuando quiere; vive de vacaciones o vive en cana. Te pasa las bolsas de merca dentro de un DVD de éxitos de Sandro, con tapa impresa a color y todo. Fue él, de hecho, quien un tiempo después me reveló el secreto de los puestos de flores. Las plantas no caben dentro de los puestos cerrados y es más caro transportarlas que tener a alguien ahí, cuidándolas toda la noche.

OTRA NO BUSQUES, NO HAY

La literatura de Buenos Aires es Buenos Aires. No se puede buscar, como no se puede encontrar nada dentro de una caja vacía más que la caja misma. La peregrinación a la casa donde nació Borges, al Parque Lezama, al departamento de la Pizarnik fue, para mí, tan inútil como desilusionante. Un edificio blanco, petiso, que no dice nada; una calle que ha perdido su encanto; una puerta verde, nada más que verde.

La literatura de Buenos Aires siempre sucede en otra parte, se está escribiendo en otros barrios, quién sabe cuáles, en los piquetes, en las fruterías de los paraguayos, en los apagones, mientras la comida de Navidad se pudre, huele la carne, corren los chinos a comprar bolsas de hielo para no perder la leche y las patys congeladas. Tal vez la escriban los nietos de esos mismos chinos, los que por las noches apagarán las heladeras para ahorrar electricidad. No hay que buscar la literatura; mucho menos la frase. A lo sumo se busca lo que está detrás de las palabras. Y lo que está detrás de las palabras es…

Marita.

Yo no lo pensé. Marita tocó el timbre, «se manifestó», digamos, justo en ese momento, y como otras tardes la invité a pasar y nos sentamos a mirar por la ventana: los techos, los árboles, las piscinas de los niños a mitad desinfladas con el agua estancada y sucia de la última lluvia. Pensé: «si cierro los ojos tal vez vea lo que hay detrás», pero al cerrarlos solo vi a Ricardo, a Ricardo y a mí la noche en que nos despedíamos en la puerta de mi casa y vimos aparecer a dos chicas góticas de la mano. Se detuvieron justo bajo el foco, de esos que se prenden y apagan al detectar movimiento, y se besaron. Los vestidos negros de encaje y seda, la piel empalidecida de tanto polvo, los corsés hincados en la cintura. No había nadie más en la calle, cuatro de la mañana un lunes o un martes. Y Ricardo se fue —como dijo después— alucinado, y yo lo miré alejarse; un ángel alto y tambaleante.

BUENOS AIRES TOWN

El primer verano, exhausta tras la búsqueda de casa y las peleas con la Rata, casi no salí del triángulo que formaba mi departamento, el Varela Varelita y la parrilla Lo de Bebe, en Charcas y Julián Álvarez. Siete cuadras en total; «el triángulo del bien», lo llamaba. Todo lo que quedara fuera de él me generaba una inquietud solapada, un temor tenso y frágil como un sonido. En esa parrilla nos juntábamos a comer con mis amigos Ricardo Strafacce, Osvaldo Baigorria, Andy Andersen y Ariel Idez. Como solo vendían carne, Bebe me dejaba comprar la comida en el árabe de al lado y llevarla a nuestra mesa, bajo el retrato de Evita y la bandera cubana.

Pienso: el Congreso de la Nación. No lo vi hasta un año y medio después; casi me estaba yendo de Buenos Aires cuando lo vi. Queda en pleno centro, sí. Sé perfectamente dónde queda ese edificio gigante, gris, un mamut fosilizado; puedo cerrar los ojos, trazar un mapa en el aire y decir que el Congreso queda en avenida Rivadavia y Entre Ríos, que del otro lado se convierte en Callao; puedo indicar qué metro para ahí; sé que Callao sale perpendicular y que hay colectivos que te dejan en Santa Fe, justo debajo de un gigantesco cartel de Adidas con la foto de un tenista famoso. Pero por mucho tiempo no lo vi, casi diría que no lo conozco, como no conozco muchos otros lugares importantes de esta ciudad. Son nombres, cruces en un mapa. Cualquiera podría hablar de Buenos Aires como ese uruguayo que, en su casa, hacía visitas guiadas del Museo del Prado sin haber ido nunca al Museo del Prado. La ciudad es otra cosa; una construcción hecha de personas, de afectos. Será por eso que, hacia el final de su vida, mi abuela se sentía desorientada, como si ya no perteneciera a la ciudad, porque casi todas sus amigas se habían muerto. Al revés, debería decir «como si la ciudad ya no le perteneciera». Los ladrillos habían sido esas personas y ahora eran polvo que vuelve al polvo, una ciudad derrumbada.

Yo quería aprender a vivir sola en Buenos Aires. Treinta y tres años, el cuerpo un campo minado, y aún no lograba ser libre, arrancar la costra mugrienta que me envejecía, que me obligaba a caminar con bastón,

agarrándome de las paredes, oyendo el crujido de mis rodillas artríticas. Mi pretendiente más joven tenía veintiséis años, la barba le crecía despareja, tres pelos locos en la mejilla y sobre el labio. No sé qué quería de mí. No sé qué pensaba que podía darle. Traía drogas y vino, a pesar de que yo quería dejar las dos cosas. Para su desgracia, supongo, nos quedábamos tirados en el parqué, hablando hasta que amanecía. Yo pensaba: «no me gustan los hombres y sin embargo él no es del todo un hombre». Aturdidos, salíamos a la luz del día. Nos demorábamos en la puerta, maravillados por el movimiento de las hojas, como una red en la que se retorcían infinitos peces. El frío nos tocaba los brazos insensibles. Era violento ese golpe de todo lo sano que tenía la mañana contra nosotros. Cuando él se iba, yo subía a estirar el tiempo en mi habitación tapiada, la luz encendida, las copas aún en el piso, las bolsitas acabadas, chupadas hasta el cansancio.

Ada también tenía veintisiete años, pero parecía mayor porque era alta y gruesa; lo doblaba en tamaño. De una inteligencia rabiosa, no había libro argentino que no hubiera leído. Yo me burlaba de ella, también de Ricardo. «Ustedes piensan que la literatura empieza y termina en Argentina». Ricardo habría dicho que sí, si no fuera por Kafka. Ada podía molestarse o reírse, según el día. Cuando estaba desnuda se tapaba el vientre con la mano. Le avergonzaban sus tobillos. Tenía la voz ronca y una relación con los libros que yo envidiaba; puro placer, nada de conflicto. La primera noche con ella, por ejemplo, ¿qué era Buenos Aires? Buenos Aires era ese remolino que giraba a nuestro alrededor mientras esperábamos el colectivo que nos llevaría a su casa. Iba vacío, las luces azules, la cumbia a todo volumen rebotando en los espejitos y en las borlas lilas que se agitaban mientras casi volábamos por avenida Córdoba. Del resto solo me queda la imagen de unos árboles en la ventana y nosotras bailando en un *living* que ya empezaba a iluminarse con el sol. Le pedí que bajara las persianas y fingimos que era de noche. Me leyó en voz alta de un libro sobre el que escribía un artículo y yo escuché con los ojos cerrados, la cabeza apoyada en su falda. Emocionante, sí, muy bueno (necesito fingir cuando estoy con ella para que no se dé cuenta de que no entiendo de qué me habla, que su idioma de novedades editoriales me resulta tan ajeno como sus shorcitos desflecados), y a la mañana siguiente ella está desnuda bajo la musculosa blanca; recostada contra el piano, desafiante, una criatura envuelta en olor a café.

Cerca del mediodía tomo un colectivo que pasa por la puerta del Barrio Chino y cruza las vías de Belgrano. A lo lejos, las vías parecen unirse y tiemblan en el resplandor blanco. Pienso lo que ya pensé en otra ciudad y ante

otro cuerpo: espejismo. Las personas no son iguales, tampoco las ciudades. Cambia lo que permanece en el recuerdo, reeditado incontables veces hasta convertirse en verdad.

MARITA

Conocí a Marita una semana después de mudarme al monoambiente. Es cierto que la vi el primer día, mientras maniobraba para sacar el colchón del ascensor —se había asomado a la puerta al oír mi forcejeo envuelto en el crujido del nailon—. No me preguntó si necesitaba ayuda, solo me miró detrás de la rendija que permitía la cadena. Como adentro estaba oscuro, no alcancé a verla. Intuí una melena de mujer, un ruido de platos detrás de ella, y sin saludarla seguí con lo mío, demasiado feliz para siquiera considerar la existencia del otro.

Dejé el colchón en el piso, contra la pared desde donde podía verse una ventana con una cortina turquesa (luego sabría, la ventana de Marita). Prendí la computadora y encontré el *wifi* de un vecino sin contraseña. La red se llamaba «Si no me tienen fe» y era una señal débil, que por momentos se cortaba y podía permanecer días parpadeante, como un latido moribundo. Me senté en el colchón y miré alrededor: veinticuatro metros cuadrados, todos para mí, y por la mitad del precio que pagaba por compartir el inodoro ortopédico de la señora Nibia. El departamento había sido un consultorio psiquiátrico, por lo que no tenía placares y la cocina quedaba dentro de un armario. En las paredes aún resaltaban las sombras de los cuadros anteriores, ojos esquivos, infinitamente grises.

El barrio me resultaba demasiado lujoso en comparación con Paternal y hasta me daba cierto pudor pasearme por la plaza Guadalupe, con sus frondosos árboles y sus cafés europeos, cuando yo tenía unos trabajos aislados, semana sí, semana no, que apenas me cubrían el alquiler. Pensé en llamar a Delmira y contarle la noticia. La última vez que hablamos ya compartía el cuarto de la pensión con dos hermanas gemelas, también de Bolivia, hijas de unos amigos de su familia. «Cuando están las dos, es como ver doble», me dijo. Pero lo más importante era que estaba enamorada. Ella y su novio tenían planes de mudarse juntos a fin de año, vivirían con la abuela de él. «No más pensiones», me dijo; hablaba fuerte, parecía otra. Busqué su número, pero no lo encontré. Había quedado en el celular viejo.

Abrí una botella de espumante para celebrar y la tomé hasta caer dormida, entre náuseas y vahídos, en el colchón sin sábanas. Desperté a cierta hora de la tarde. El silencio me abismaba; por momentos me parecía increíble no oír los aullidos del perro-lobo y los rezongos de la vieja, pero también me llegaba, con la cadencia de los estados nauseosos, cierta nostalgia de aquel ruido de tren que se colaba por las noches desde la estación Paternal y la sospecha de que ese barrio, con su olor a torta frita y a llanta quemada, me pertenecía más que este silencio de consultorios vacíos en un barrio inventado al que llamaban Villa Freud.

Al otro día fui a la iglesia, el único lugar público donde podía llorar tranquila, y eso hice, sentada en el banco debajo del Cristo crucificado. Un cura se me acercó. Me preguntó si estaba bien y yo, para justificarme, le dije que lloraba de alegría porque nunca había tenido nada y ahora, por primera vez, era dueña de algo: un colchón comprado al judío de avenida San Martín, mi pertenencia de mayor tamaño, mi primer bien mueble, un objeto que me daba un vértigo increíble porque me anclaba de forma más o menos estable a una ciudad. Y sobre el colchón había quedado la copia firmada del contrato de alquiler. Mi propia firma (vértigo), mis propias decisiones hechas materia.

Un día sonó el timbre y era Marita. Una mujer mayor y de rasgos bellos; ojos oscuros y grandes, como los de las bailarinas árabes, o al menos como los de las bailarinas árabes que yo imagino. Traía una porción de pastel de carne y una botella de coquito, bebida a base de leche de coco, ron y abundante azúcar. Con torpeza le agradecí. No le dije que era vegetariana; tampoco la hice pasar. El pastel de carne, en un platito de postre, estuvo sobre la mesada el día entero. Luego pasó a la heladera y ahí se quedó hasta volverse duro y renegrido. Creo que seguía en la heladera el día en que finalmente la invité a tomar un café. Para ese entonces ya había notado que rengueaba y durante meses fantaseé con pedirle que se sacara la prótesis, como en ese cuento que me gustaba tanto, en el que un vendedor de biblias seducía a una mujer solo para robarle su pierna de palo. Yo le revelaba poco de mí. Nunca mencioné a la Rata ni las razones por las que mi persiana permanecía baja durante días, a pesar de que ella podía ver la luz prendida entre las rendijas superiores.

Hablábamos por hablar; del clima, de comida, del edificio ocupado en la otra cuadra. Hablábamos de Puerto Rico, también, ese país-paradoja que no tenía derecho a votar por ningún presidente. Marita era del partido independentista, es decir que pertenecía al cuatro por ciento que en 1993 había votado por separarse de Estados Unidos. Para el siguiente plebiscito, el

de 1998, Marita ya estaba en Buenos Aires y ya tenía una pierna menos. Me dijo esto y se rio —tenía una capacidad envidiable para reírse de sí misma. A veces decía «toco madera», y se daba unos golpecitos con los nudillos en la pierna artificial—, porque cuando le dijeron que tenía cáncer en la cadera, un cáncer raro del hueso, lo primero que hizo fue viajar a Estados Unidos a operarse. «No necesité visa para entrar», dijo riendo. Sí, podía reírse de todo, y estoy segura de que se habría sacado la pierna de plástico y habría bailado para mí, dando saltitos en un solo pie, si yo hubiera tenido el valor de pedírselo.

Pasaron dos o tres semanas desde que me tocó la puerta con su primera botella de coquito hasta que volvimos a encontrarnos en el *hall*. Ella aceptó enseguida mi invitación y hasta sentí que antes de entrar hizo una pequeña reverencia, aunque quizá solo haya sido un mal movimiento, un tic de la cadera ausente. Miró alrededor y vi cómo sus ojos intentaban calibrar la situación: ¿dónde estaban los muebles?, ¿dónde, los objetos? Hacía poco que me había mudado, sí, pero las cosas estaban dispuestas de tal modo que parecían ahí para quedarse. Quiso elogiar algo y habló del ventanal. «Rica luz», dijo, buscando disimuladamente algo que luego supe era una silla.

Además del colchón y de la valija, ahora tenía un perchero y dos cajas de Santillana, en las que me habían llegado los manuscritos para los informes de lectura, prolijamente forradas con un papel satinado que robé del Centro Cultural de España. Para que no se desfondaran, rellené de libros mis pequeñas mesas, los pocos que había traído conmigo a Buenos Aires y que, por esa razón, nunca llegué a leer. «Estoy con algunos problemas de mobiliario», le dije a Marita. Ella no necesitó más; tenía esa rapidez que en el Río de la Plata llamamos «viveza criolla». Se levantó un poco la pollera larga y por debajo de la tela asomó algo de un rosado pálido, por completo inhumano, por completo irreal, más parecido a un jamón o a las encías brillantes de algunos dientes postizos. «Yo también tengo un problema de mobiliario», dijo.

La operación de Marita fue el último regalo de su exmarido. En cuanto supieron del diagnóstico, él la internó en una clínica de la Florida, dejó pagada la mejor prótesis del mercado y se fue a vivir con una exalumna de veintitrés años. No estuvo presente durante la operación ni después. Como no habían tenido hijos y Marita no trabajaba, quedó sola, pobre e inútil en menos de una semana. La casa de San Juan se la dejó para ella, eso sí, pero entre la operación y el usufructo de la casa consideró que quedaban saldados veinticinco años de planchado de camisas y arroz con gandules. Fue entonces

que su sobrina, casada con un argentino, le ofreció venir a Buenos Aires. «En el fondo me odia», dijo Marita, «pero es buena. Demasiado buena para devolverme a San Juan». Una noche, más bien una madrugada, Marita recibió una llamada del exmarido. El tipo llamaba desde México, borracho, desde un resort donde pasaba las vacaciones con su nueva mujer, uno de esos hoteles con canilla libre de margaritas en las piscinas calientes. Quería decirle que era feliz, que no podía evitar ser feliz con su exalumna, y que por eso le pedía perdón. «Me pedía perdón por ser feliz», dijo Marita una tarde en que habíamos tomado bastante. «¿Se habrá pensado que soy la *fuckin'* Virgen María?». Ahora, cuando venía a visitarme, traía su silla plegable, una especie de taburete de cocina que abría con cierta violencia, como una enorme tijera, y se sentaba allí con la pierna buena doblada y la artificial extendida sobre el escalón del ventanal.

En cierto momento la conversación languidecía y quedábamos en silencio. El silencio era cómodo entre nosotras. Mirábamos las azoteas de las casas, siete pisos más abajo, mirábamos los árboles de Julián Álvarez (solo las copas, melenas de señoras altas), las nubes que se acercaban desde el Norte y la cortina gruesa que se movía apenas en su ventana, hasta que yo prendía la luz, como un viejo mago que revela sus trucos, y nos decíamos adiós.

VIERNES 3 AM

Todo coexiste. La cronología es artificial, solo determinada por la emoción. Cuando resbalé por la escalera del bar, incluso antes de partirme el labio, ya estaba resbalando por la escalera de La Boca —las mismas botas, los mismos escalones de madera gastada— el día en que mi padre murió. Quizá mi padre ya estuviera muerto entonces (queremos esquivar la muerte que ya nos mató). Resbalo. Estoy borracha pero menos que otras veces, manoteo la baranda, veo la sonrisa de Ada que me habla desde el descanso, unos escalones más abajo, y la sonrisa no tiene tiempo de deshacerse porque antes me deshago yo: caigo. Y qué larga puede ser una caída. Ada me levanta. Creo que nuestra relación está terminada. No queda nadie en el bar más que los chicos de la barra; están cerrando. Me ven, supongo, con las manos llenas de sangre envolviéndome la boca. Me alcanzan un trapo con hielo y me acuestan en un sillón. Pienso que tengo las manos sucias, que no llegué a lavármelas al salir del baño. Recuerdo entonces que fue al revés: mi padre murió hace tres meses. ¿Qué escalera sucedió primero? Dormito con el hielo apretado en la boca. Cuando abro los ojos, veo a Ada bailando sola en el bar vacío, las sillas dadas vuelta sobre las mesas. Todo coexiste. El artificio es cronológico.

CON VOS

Importante no decir «contigo». Si digo «contigo» me delato; debo decir «con vos». Debo decir «colectivo», «facturas», «ripio», «expensas», «zapatillas», «obra social», «estar lista» (y bajo ninguna circunstancia «estar pronta»); debo decir «birome». Marita también se ha ido contagiando. Sigue diciendo «jíter» para la estufa y «estufa» para la cocina, cuando se enoja con su sobrina grita: «¡Qué bregue!», pero ya no le dice «barra» a los bares ni «mahones» a los *jeans*. A veces se le escapa un «entendés» y yo me río. A veces Ricardo me mira, como si acabara de descubrir algo esencial sobre mí, y me pregunta: «¿Eso es tuyo o es uruguayo?».

Esta ciudad desconoce la corrección política. Acá, al chino se le dice chino, al peruano, peruano, al español, gallego, al judío, ruso. Una se acostumbra rápido a llamar a los otros por su nacionalidad: la uruguaya, el tano, el paragua. Pero hay más: el Petiso, el Tartamudo, el Pelado, y hasta el Gordo Ramírez hace chistes de gordos. «No», dice Ricardo (la piel se le pone roja cuando enfatiza): «Yo no hablo español, hablo castellano». Y hay que llamar Scalabrini a la avenida, no por su nombre anterior y gringo que todavía usan los viejos, los taxistas, los milicos y alguno que quiera sonar demasiado porteño. Perón le cambió el nombre a Canning por Scalabrini Ortiz, que durante la dictadura volvió a llamarse Canning y con el gobierno de Alfonsín, nuevamente Scalabrini. Ricardo vive en «Scalabrini Ortiz» y habla «castellano». Hay que llamar a las cosas por su nombre; la historia está fresca y el significante no perdona.

Mientras tanto, yo busco salirme del intríngulis; la paradoja que acaso nunca se resuelva. «Buenos Aires quiere a quien la quiere», me dijo alguien en el Hospital Odontológico, donde me atendieron sin pedirme ni el nombre. Una ciudad siempre al borde del colapso y sin embargo generosa; una ciudad con facilidad para adoptar extranjeros y hacerlos suyos. Incluso yo aparecí un día en la mesa de novedades argentinas de Hernández, signo inequívoco de que la ciudad empezaba a digerirme y a integrarme a su sistema. Me lo

anunció, indignado, un uruguayo que paseaba por las librerías de Corrientes. Buenos Aires te digiere, pero antes tiene que masticarte.

OLVIDO

«Ese cabrón», decía Marita cuando hablaba de su exmarido. «Prefiero morirme de cáncer antes que perdonarlo». Yo me burlaba de sus exageraciones y hasta una vez le contesté con esa frase de Perón: «Al amigo, todo. Al enemigo, ni justicia». Pero entonces recordé el plebiscito del ochenta y nueve, cuando Uruguay votó para revocar la ley que indultaba los crímenes militares de la dictadura. En mi imaginario de doce años, el voto de los colores se reducía a un *jingle* pegadizo en la televisión y a la idea difusa de que los verdes eran los buenos y los amarillos los malos. Los de verde bailaban y tocaban la trompeta en la tele; cantaban «yo votaré por la verdad, por la verdad» y del cielo caían serpentinas. Recordé aquella noche de mis doce años en que abrí la puerta del dormitorio y encontré a mi padre sentado a los pies de la cama, la cabeza sostenida como un fruto enorme y maduro entre las manos, llorando frente al televisor que acababa de anunciar el triunfo del voto amarillo. Veinte años después se juntaron las firmas para intentarlo de nuevo y fui yo la que lloré, frente a la pantalla de la computadora y en otro continente, la derrota del segundo plebiscito.

En Argentina, Néstor Kirchner había hecho bajar el cuadro de Videla. Yo todavía alquilaba el cuarto en Paternal cuando me enteré de la muerte de Kirchner. La dueña de casa, la misma que no quería a su madre, lloró a moco tendido frente al televisor, con el perro-lobo como un felpudo blanco a sus pies. Estuvimos horas sentadas en la sala, viendo la procesión en Plaza de Mayo, mirando los documentales que repasaban la vida del expresidente y que, una y otra vez, mostraban la famosa imagen del retrato de Videla. «No se puede vivir así», dijo mi padre, cuando la mayoría de los uruguayos, por comodidad, por miedo o simple cobardía, prefirió seguir sentándose en los mismos ómnibus y comiendo en los mismos restaurantes que asesinos y torturadores. «No se puede vivir en un país así», dijo Marita otra tarde, hablando de Puerto Rico.

«¿Y acá sí se puede?», le pregunté con sorna. Ella se encogió de hombros y soltó un ruido por la nariz, una especie de ronquido. Nos quedamos

calladas; ya empezaba a oscurecer y la proximidad de la noche se anunciaba con sus estrellas tempranas, la luna ansiosa y pálida entre dos edificios. Marita miraba a lo lejos, como si quisiera abarcar toda la ciudad, mucho más allá de los límites del ojo humano. Era eso: una mirada sobrecogedora, una ambición desmedida. Con hambre, me acuerdo que pensé, la misma con que quería la libertad de su isla y la misma con que odiaba al cabrón de su exmarido. Buenos Aires era un monstruo recién atrapado que se retorcía bajo nuestros ojos. Pero el monstruo no se dejaba disecar; se transformaba una y otra vez, con cada bramido, con cada intento por librarse de unas manos exasperadamente suaves. ¿Y qué era para este monstruo un día, un año, siquiera una década? «En esa plaza», dijo Marita, señalando en dirección de la iglesia, «vi a un hombre canjear servicios de plomería por un táper con alfajores de maicena».

Nos habíamos quedado casi a oscuras; las luces hacían brillar las ventanas de los edificios y permitían ver las siluetas negras que pasaban de una habitación a otra. «Te apuesto que el de enfrente ahora prende la tele», dije, pero Marita no me escuchó, seguía con aquella ferocidad en los ojos, hurgando en la noche recién nacida.

«Ni olvido ni perdón». Había una pintada enorme en el muro de una casa sobre la calle Mansilla. Y sin embargo por las noches yo cerraba los ojos e intentaba perdonar a la Rata. El juicio seguía su curso, pero no era mío, sino del Estado. El verdadero juicio ocurría en otra parte, dentro de mí, y fuera: en el infierno de Swedenborg, ese infierno en vida del necio que ni siquiera se sabe necio. En un último correo con ribetes de wéstern, la Rata me decía que esta ciudad era demasiado chica para los dos y me conminaba a abandonar el país. Estar en Buenos Aires era mi forma de resistencia; debía conquistar esta geografía, encontrar mis propias razones para irme o para quedarme.

¿Cómo nombrar las cosas? Cómo acercarse lo más posible al asunto que se quiere contar, es decir, al corazón del asunto, no a la anécdota. Porque no se puede llegar a él en línea recta; hay que merodearlo, dibujar el contorno a partir de las múltiples vueltas y los múltiples intentos, de modo que al final el asunto quede expuesto como un hombre invisible al que se le ha tirado una sábana encima. Una nueva ciudad también se construye así: merodeándola, recorriendo las calles y sus espacios hasta llenarlos de significado, hasta que esa esquina no sea más una esquina de casas medio demolidas, con un cartel de Farmacia titilando en la noche, sino el lugar donde besé a la muchacha y casi pensé que me casaría con ella porque era linda, rebelde y estudiaba filosofía. Ahí donde nos tocaron bocina y nos reímos con los labios todavía

pegados. No importa que seis meses después la muchacha tuviera un novio punk, se hubiese rapado la mitad de la cabeza y enrollara tabaco en la ventana del Varela sin saludarme siquiera. «Tu camionerita», me decía Ricardo cuando la cruzábamos en el bar. Claro que nunca fue mía, o al menos solo lo fue durante el instante del beso en la esquina donde también había un basural y esa farmacia de turno, toda enrejada. O como la calle de Guardia Vieja, que caminaba para ir a unas reuniones de budismo zen en las que repetíamos «*Nam yo horengue kyo*» frente a un pequeño altar con un pergamino, y de las que me escapé más de una vez para tomar cerveza en La casa del queso. O la plaza de Retiro, con la famosa Torre de los Ingleses (rebautizada con el nombre menos escabroso de Torre Monumental), que atravesé corriendo detrás de una mujer que reclutaba clientes para las fotos del carné de identidad, el día en que por fin tuve mi DNI argentino. Entre los que corríamos, había un niño vestido de escolar con una mochila de Bob Esponja, y recuerdo cómo sonaban sus útiles al agitarse dentro de la mochila; recuerdo la falta de aliento y el frío glacial de la sala de espera que irónicamente quedaba en la avenida Antártida Argentina.

RONDA NOCTURNA

Quería hablar únicamente de Buenos Aires, no mencionar el juicio y el hecho, entre absurdo y surrealista, de que en mi heladera estuvieran pegados los teléfonos celulares de los patrulleros que hacían ronda por mi barrio. Pero no pude evitarlo, y tal vez hasta termine contando lo que ocurrió en mi casa una madrugada de abril y que tuvo como consecuencia la denuncia anónima de un vecino (alguna vez pensé en Marita, aunque ella nunca se refirió al incidente). Imposible evitarlo, digo, porque mi Buenos Aires también estuvo hecho de juzgados, un edificio lúgubre justo detrás de uno de los *shoppings* más caros de la ciudad, con pasillos interminables, solo interrumpidos por pequeñas ventanas de vidrio opaco que se abrían por un instante y volvían a bajar con un golpe seco, de guillotina. Uno intuía que detrás de esas ventanas se movían los burócratas como animalitos laboriosos, aunque tal vez la verdadera utilidad del vidrio opaco fuera ocultar el hecho de que nadie hacía nada, de que tiraban una moneda al aire para decidir la suerte de este o de aquel. Cara: «El juez no ha firmado su documento. Vuelva el lunes». Cruz: «El encargado de su carpeta está con licencia médica. Vuelva en una semana». Cada tanto asomaba una cabeza poco amable, decía alguna cosa, un brazo se estiraba cual lengua de oso hormiguero para recibir unos papeles y volvía a desaparecer adentro. Trac. Cae la ventana. A veces daba la impresión de que por allí saldría una *pizza* o un paquete de churros, pero no, las ventanitas se cerraban detrás de los papeles y, en los pasillos, sentado en un banco solitario, siempre quedaba alguien esperando. Qué esperaban, imposible saberlo. Esperaban por esperar, tal vez, porque uno se acostumbra a eso.

Una vez vi a un policía escoltar a un hombre esposado; sus pies, aunque estuvieran sueltos, parecían arrastrar un grillete. Por esos corredores también yo daba pasos cortos. En la fiscalía me dijeron, «para que me quedara tranquila», que ya no podía hacer nada para detener esto, que el Estado (el Estado *argentino*, del que por entonces no tenía ni el documento) había intervenido de oficio y que yo solo podía optar entre colaborar o no. Mis

Odradeks estaban de fiesta; bailaban y escupían una baba que se endurecía en mis articulaciones.

Más sórdido que el juzgado fue la visita al edificio de la Policía Técnica. Llegué caminando, recuerdo que hacía calor y que había dejado atrás el jardín japonés, las enormes avenidas que aún me daba susto cruzar porque no se parecían a nada que yo hubiese visto durante mi infancia: un mar de autos, una calle con tentáculos de calamar gigante. No vi a nadie en las escaleras oscuras y seguí subiendo, sintiendo en la mano la rugosidad de la baranda en las partes donde ya no quedaba pintura. Tenía la sensación de estar en un cuartel; la sensación de ser una turista en unas ruinas que alguna vez habían conocido su terrible momento de esplendor.

Dejé atrás la oficina de «Lucha contra el terrorismo» y llegué a una puerta de vidrio. En la sala de espera había un sillón de cuero destripado, con el polifón asomando como pus de una herida infectada. Sobre la mesa ratona, una planta que no recibiría jamás otra luz más que el brillo enfermo de los tubos fluorescentes, tenía un cartel clavado en la tierra: «Soy una planta, no un cenicero». Sentí un escalofrío que achaqué a la falta de ventanas; el aire y la sangre igual de estancados, igual de quietos.

Crucé la sala de espera y me atendió una recepcionista que me indicó el camino a la oficina donde me esperaban. La oficina era una copia, o una parodia, de las películas. Un lugar sin ventanas, con altísimas estanterías metálicas que cubrían las paredes y donde se apilaban los expedientes; un ventilador de techo que no alcanzaba siquiera a disipar el humo de cigarrillo, suspendido como una eterna neblina, y dos computadoras viejas sobre la única mesa que compartían los tres policías técnicos (¿funcionarios de inteligencia?). Los tres eran pelados; los tres tenían los botones de la camisa a punto de reventar. No había comida sobre la mesa, pero sí un arma, que uno de ellos se encargó de cambiar de lugar, lejos de mí.

Lo que debía hacer era entrar a mi cuenta de correo desde sus computadoras prehistóricas y dejar que ellos verificaran la IP, o algo similar, de los *mails* que me llegaban a granel desde la casilla de la Rata. Analizaron tres direcciones distintas, incluyendo una identidad falsa desde donde la Rata me escribía haciéndose pasar por un periodista de provincia con nombre de calle (calle que, por otra parte, quedaba a una cuadra de mi casa). El procedimiento fue bastante rápido y no hablamos de nada más, pero antes de irme, uno de ellos, el que había alejado el arma, me deseó suerte. «Gracias», dije, un poco nerviosa. Hice un falso movimiento, y quizá por eso el más gordo habrá creído que yo esperaba otra cosa, algún comentario. «¿Cómo

pudiste meterte con un tipo así?», me dijo. No creo que haya sido una verdadera pregunta. A la camisa le faltaba un botón y se le abría como un ojo en el pecho. Lo quedé mirando —habrá sido un tiempo breve, pero lo suficiente para que lo notara y se cubriera con la mano—. Entonces vi que tenía un anillo, una alianza que le apretaba el dedo rojizo.

A veces, mientras viajaba en el 152 a la editorial para recoger los manuscritos, me encontraba buscando por la ventanilla lugares nuevos de los que guardar registro, imágenes sin resonancias, sin pasado alguno que los vinculara a la Rata. Memorizaba el orden de las calles, descubría una cúpula que hasta entonces había pasado inadvertida entre tanta publicidad; imaginaba el antiguo esplendor de aquellos edificios enormes, que aún se dejaba entrever por las ventanas abiertas: gigantescas arcadas, lujosas arañas de cristal, bibliotecas de pinotea que cubrían la pared; cuadros de marcos barrocos. Afuera, sin embargo, por donde circulaba mi viejo 152, rojo, azul y blanco, era un infierno de peatones, de autos atascados, de colectivos que manchaban de hollín las fachadas, humo que nosotros respirábamos por las ventanas abiertas, incapaces de aliviarnos del calor.

La avenida Santa Fe también tenía clases sociales: una sección más humilde, bajo la vía del tren en Juan B. Justo; otra de bazares, tiendas de toallas y sábanas, mercerías familiares con su exhibición de ovillos de lana y manteles bordados, repasadores con la imagen de un gallo colgados junto a un piyama de felpa que no necesitaba maniquí para mostrarse, sino unos simples alfileres, tiendas de ropa interior femenina anunciada en fotos gigantescas de cuerpos perfectos, perturbadoramente irreales, incapaces de todo sudor a pesar del sol que estallaba en las nalgas redondas y tostadas; después vendrían las cadenas de heladerías, la ropa de marca, la librería El Ateneo, exagerada y fría, y finalmente la zona de tiendas exclusivas, con su ropa para polistas y sus muebles de tamaño descomunal, que habían logrado instalar el fervor por el estilo funerario-chic: arañas de acrílico negras, mesas lacadas, lámparas de pie incrustadas en enormes bloques de mármol, jarrones gigantescos —brillosos, siempre brillosos—, decantadores de vino, copas grandes como campanas.

¿Cuál era mi Buenos Aires?

Al llegar a la plaza San Martín, indefectiblemente me alegraba constatar que aún resistía a la paranoia municipal de las rejas. Las flores de los jacarandás, como estrellas caídas, tapizaban la calle. Trituradas por las ruedas de los autos, teñían el asfalto con su sangre azul.

MARCAS

Buenos Aires será, para siempre, la ciudad donde recibí la noticia de la muerte de mi padre. Por entonces, a recomendación de la fiscalía, había dejado mi departamento y vivía refugiada en Boedo, en la casa de una amiga de viaje en Japón. Mi madre y mi hermano estaban de visita por el fin de semana. El celular de mi madre sonó. Ella habrá pensado que querían saludarla, era su cumpleaños y nos vestíamos para la cena. Por la tarde llovió, mientras paseábamos por La Boca. Yo me había resbalado en las escaleras mojadas de un antiguo conventillo y tenía un moretón negro en la cadera y buena parte del muslo; unas franjas más claras, de un gris rojizo, marcaban las junturas de las maderas. «El cuerpo se marca», pensé unos días después, con mi padre muerto y yo mirándome al espejo, constatando las líneas en la piel deshidratada y sin descanso.

Tenía la voz de mi padre fresca porque había hablado con él ese mismo día mientras volvíamos en el taxi y me acuerdo que le dije que justo pasábamos por el parque Lezama y por esa iglesia rusa que tanto me intrigaba, con sus torres como masitas de colores. «*Cupcakes*», dije. «¿Ka qué?», preguntó mi padre; había interferencias. «Bueno, nena, después me explicás».

El cerebro no entiende la muerte. El cerebro se queda dando vueltas, girando sobre sí mismo, buscando los matices del lenguaje. Lo encontraron. Lo encontraron casi muerto. El cerebro es un ser que sueña y que va a despertarse justo antes de que el monstruo le coma la cabeza. Y debe ser eso lo que siente cuando la guillotina cae y la cabeza sigue pensando, unos segundos, que acaso no esté separada del cuerpo *del todo*, acaso no, acaso no *todavía*. Mike, dame tu milagro. Dame tu casi muerto. Dame dos años más de padre. Mike, quiero llegar tarde a la cena de tu cuerpo. ¿Alguien se preguntó que hicieron con tu cabeza? ¿Qué hicieron con tus restos?

Mi madre hace un silencio y yo me alerto: «¿Qué pasa?». Ella corta. Me dice todo menos el casi. Llamo a Ricardo. Tiemblo tanto que el teléfono me salta en las manos como un pez plateado y resbaloso. Lo próximo, estoy en un

taxi rumbo al puerto y veo la ciudad destrozada tras el caleidoscopio de mis ojos; las calles se derriten en luz roja, verde, blanca. Tengo el pensamiento absurdo de que veo estas calles por última vez; entonces sobreviene un silencio y estoy contando para mis adentros: un cartel, una casa, un árbol. Un símbolo de McDonald's. Un colectivo. Un puesto de diarios.

Cuando tomamos Corrientes estoy segura de que nunca volveré a esta ciudad, porque cuando regrese habré visto el cuerpo de mi padre sin vida y ya no seré yo sino otra quien regrese a Buenos Aires.

VIEJO BARRIO

Esta mañana recibí un *mail* de Ricardo que me hizo recordar otro, de hace casi dos años, en aquellos meses tristemente inolvidables que pasé en Boedo. Dos años, dos ciudades, una misma postdata:

> Me quedé dormido en el sillón. Desperté hace un rato (acá son las siete y media de la mañana en todos los relojes) y vi, sobre la mesita que tengo al lado del sillón, una copa. Y dentro de la copa, vino. Lo bebí, me gustó, me serví otra. Y me dieron ganas de escuchar alguna canción. Elegí —vos sabrás por qué— al Cuarteto de Nos (la rima determina la peripecia). Quedamos así.
>
> P. D.: Te extraño como un chino.
>
> R.

Volví de Montevideo una semana después del entierro. Entre las cosas de mi padre que mi hermano y yo organizamos, encontré la cédula de identidad de mi abuela argentina y dentro de una bolsita de tela tan empercudida que parecía de cuero, un mechón de pelo, el primer corte que mi abuela le haría a su hijo predilecto: un bucle rubio. Fue raro, porque durante el velorio —y en contra de la voluntad de mi hermano—, yo había cortado un mechón gris y algo pegoteado de la cabeza de mi padre y lo había guardado en una pequeña bolsa que se parecía al monedero de Robin Hood. Puse juntos los dos mechones, el primero y el último, y los llevé conmigo a Buenos Aires.

Pasé dos meses refugiada en la casa de Boedo. Una exageración, a mi gusto, pero ahí estaba justamente el punto (mi punto enfermo, según los expertos, mi punto idiota). Excepto para Ricardo y para un par de amigos más, mi paradero era secreto, y ya que Ricardo tenía fobia a salir del barrio, casi no recibía visitas. Yo lo extrañaba, y de alguna manera también extrañaba a Marita. Igual que en la casa de Paternal, pasaba las tardes en la terraza, sentada en el triángulo de sol que dividía las baldosas en dos colores,

las rojas y tibias de las grises humedecidas por la sombra. La gata se echaba a mi lado en las baldosas rojas y se dejaba acariciar el vientre.

Lloraba a veces, pero no tan seguido como hubiera imaginado. Lo que sentía era más bien una electricidad, un dolor desconocido hasta entonces y que rápidamente puso en perspectiva lo demás —cualquier intento de autocompasión, cualquier otra pérdida—. Un ardor. Como si me hubiera quemado por dentro y no tuviera más opción que aguantar el ardor sin ungüentos ni compresas. «Dan ganas de arrancarse la piel», le dije a Dilon, el único al que podía llamar a cualquier hora de la noche porque siempre estaba trabajando. Inútil, sí, pero daban ganas de rascarse, de sacarse ese ardor a jirones, a arañazos. Pasaba el día sumida en una inquietud desesperante, probando cosas que me aliviaran. Sacaba un libro de la enorme biblioteca que cubría la pared (en otro momento un sueño, ahora un simple mueble de madera lustrada), leía un párrafo, cerraba el libro, sacaba otro, los apilaba en un banquito; subía las escaleras, volvía a bajar; cambiaba de disco: demasiado fuerte, demasiado triste, tampoco era ese ni el otro, tampoco era *eso*.

Aquel otro *mail* de Ricardo llegó tarde, en la madrugada. «P. D.: Te extraño como un chino». «No sé cómo extraña un chino», le respondí. «La última vez que vi a un ser humano fue hace cinco días, cuando saqué la basura. El excantante de ópera que vive al lado, me lo crucé en el pasillo. ¿Te dije que me despierto todas las mañanas con sus ensayos? Peor que tus perritos de supermercado». Porque si algo irritaba a Ricardo era el hábito de cierta clase acomodada que se divertía llevando a sus perritos al supermercado que quedaba en la planta baja del edificio. Como no podían entrar con ellos, los dejaban atados en la puerta, y los perros ladraban, con esos grititos agónicos de chihuahuas o de caniches, de animales condenados por su tamaño a una histeria permanente, ladrándole a su propio reflejo o a los carteles con la oferta de la semana del queso Por Salut o la mortadela Paladini, hasta que el dueño terminaba de hacer las compras. Aunque mi vecino, el extenor que había fracasado en el Colón por su afición al *whisky*, tenía una voz más grave, sus gritos me resultaban igual de insoportables porque podía pasarse media hora repitiendo únicamente la letra «O» y luego otra media hora haciendo escalas con las vocales. Si estaba de buen ánimo, insistía en alguna frase de *La Bohème* que patinaba peor que un disco rayado: «¡De las almas exultantes nace el amoooor! ¡Nace el amoooor!» (en italiano, por supuesto). El próximo *mail* de Ricardo incluía día y hora para un encuentro secreto en un restaurante que ninguno de los dos conocíamos y una respuesta: «Para mí, lo chino es lo mucho y lo enigmático».

Volví a Palermo por primera vez desde la denuncia para encontrarme con Ricardo. Ya era de noche, y mientras caminaba por Julián Álvarez, iba alegre, casi cantando. Me alegraban las calles conocidas, las fachadas de siempre, resignadas a los grafitis, los cables negros que colgaban flojos, como guirnaldas de Navidad, entre un poste y el siguiente. El espacio me pertenecía. Había mugre en las esquinas. Mi cuadra, sin ir más lejos, estaba franqueada por dos basurales. Pero igual me alegraba constatar que esta parte del barrio resistía dignamente a la colonización de tiendas y cafés *hippie-chic* que empezaba al otro lado de Scalabrini. Iba cantando, dije, ¿pero qué? Quiero imaginar que cantaba ese tema de Los Olimareños que le gustaba a mi padre, aunque ni siquiera sé la letra. Sí, ahora me acuerdo, iba cantando «Viejo barrio sur, triste y sentimental / La civilización te clava su puñal», mientras subía por Paraguay y llegaba a la esquina de Medrano.

Ni bien doblar vi el colchón del viejo, la cama perfectamente hecha y sus zapatos acomodados en la cabecera como si esperara a los Reyes Magos. Tenía puesto el gorro de siempre, un gorro de lana un poco suelto en la punta que lo hacía parecer uno de los siete enanitos. Seguía ahí. No quiso que lo llevaran al refugio de invierno. En una pensión le habían robado los documentos y dice que nunca más pudo volver a tramitarlos. No podía probar que era él —ni aun que era alguien— sin esos documentos. Casi enfrente, en el pasaje Del Signo, dormía la uruguaya. Se llamaba Graciela y hacía cuarenta años que vivía en la calle. Sabía leer, y muchas veces la veía sentada en un balde de pintura vacío que usaba de taburete, con libros o revistas. Juan Carlos, el encargado de mi edificio, la conocía bien porque trabajaba de voluntario en la iglesia Guadalupe. «Tenía dieciocho años cuando se vino para acá», me contó. «Un día el marido la abandonó y ella se fue a la calle». A mí me resultaba difícil imaginar cómo alguien podía arruinar su vida por algo tan común como el fin de un amor. «Habrá enloquecido», le dije a Juan Carlos, «y por eso se fue a la calle», pero él me aseguró que no, la calle la había enloquecido. Hacía unos años, incluso, la parroquia le consiguió un lugar donde vivir, pero Graciela no quiso. Cuarenta años durmiendo en la calle y ya no podía soportar el encierro. La historia me hizo recordar la de aquel tibetano que conocí en Inglaterra y se la conté a Juan Carlos, él apoyado en la escoba casi rala con la que barría nuestra vereda, yo con las manos rojas por el peso de las bolsas con papas y mandarinas. El tibetano había triunfado como modelo (un agente lo descubrió durante un viaje por el desierto y se lo llevó a Londres). Benba aprendió inglés y se compró un departamento en

South Kensington, pero años después seguía durmiendo en el piso junto a su cama *king size*.

Como ya estaba a pocos metros, rompí la promesa y pasé frente a la puerta de mi edificio. No entré, eso sí. Todo seguiría igual a la última noche: no tuve tiempo de limpiar ni de recoger las cosas rotas antes de mi estrepitosa fuga a Boedo. Me pregunté si acaso habrían arreglado la puerta del ascensor, que la Rata había abollado a fuerza de cabezazos antes de salir corriendo por la misma esquina donde ahora, bajo una montaña de mantas, trapos y trozos de nailon, dormía Graciela, la uruguaya, con sus pertenencias desparramadas alrededor, ocupando buena parte de la vereda. Es así, lo supe entonces, uno fracasa. Graciela, mi padre, también yo. Es fácil adentrarse en el mar, pero remontar la corriente es difícil. El cuerpo se cansa, y al rato ya hemos tragado agua y hasta perdido las ganas de salvarnos. Una vez estuve a punto de ahogarme en una playa de Uruguay. La profundidad hipnotiza, uno se cree invencible —cuánta calma hay allá lejos, a metros y metros de la orilla—, pero al rato, mientras pataleaba como una condenada sobre las olas rotas, espantosamente turbias, me encontré pensando: qué estupidez morir así.

No creo que Graciela estuviera loca. Después de ese día, cuando por fin dejé Boedo y volví a mi departamento, pasé meses observándola. La vi conversar con los vecinos que le traían comida; la vi barrer su porción de vereda y organizar sus pertenencias como si fueran finas reliquias en un bazar; la oí hablar con los chicos del colegio Guadalupe, que la llamaban por su nombre y le contaban sobre los partidos de fútbol que se jugaban en la plaza. La miré a los ojos y ella me devolvió una mirada que estaba muy lejos del delirio. No estaba loca, no, de eso estoy segura. Incluso llegué a pensar que el abandono del marido le sirvió de excusa para otro mucho más terrible, y acaso más digno, el deseo antiguo de entregarse al fracaso.

CORTES

«Te juro que me tiré», le digo a Dilon. «Me tiré por la escalera». Él no me cree, se ríe; ha constatado demasiadas veces que exagero, que veo las cosas como si tuviera lupas en lugar de ojos. Vuelvo a contarle la caída; vi los escalones pasar, como un tigre en movimiento, y la cara de Ada abriéndose, distorsionada. «Ada puede abrir la cara sin necesidad de abrir los ojos ni la boca», le digo, y él vuelve a reírse, pero yo estoy seria —mortalmente seria—: tres meses exactos desde la muerte de mi padre y desde la otra caída. Lo próximo que veo, lo último, en realidad, es a Ada aspirando cocaína sobre la barra. Hay ruido de botellas; alguno de los chicos del bar acomoda vasos limpios en los estantes. Ada baila sola, un contoneo nada más, se toca la nariz, se estira la pollera, baila en el bar vacío y cerrado, con mi escalera fatal detrás, como perfecto escenario, mientras yo aprieto contra la boca el trapo con hielo. «¿Te acordás del nombre del cirujano?», le pregunto a Dilon. «¿Era joven, no? No tenía ni siquiera mi edad». Dilon finge no recordar, tiene miedo de dar la respuesta equivocada. Pero él estaba ahí, muy cerca, sentado en un taburete metálico; él fue quien me llevó a la emergencia a las seis de la mañana, después de que Ada me dejara en casa sin mirar ni una vez dentro del cráter negro de mi boca. El cirujano de guardia, que no se conmovió cuando le pregunté si iba a quedar deforme para siempre, me cosió en silencio, respirando a pocos centímetros de mi cara sucia, manchada de rímel, con aliento a cerveza y tequila. «Me tiré», insisto, «te juro que me tiré». Dilon me mira, igual que miró la aguja entrar en mi carne anestesiada, y dice: «Ya es hora que te levantes del piso».

MUEBLES

A través de Dilon entré en contacto con un español que reclutaba traductores de francés para hacer subtítulos de programas de cable. Me presenté una mañana en un departamento alquilado en Callao y Santa Fe, uno de esos departamentos funcionales, para ejecutivos, con camas mullidas y servicio de limpieza. El español se llamaba José Luis; tenía los ojos azules y redondos, un poco separados de la nariz, bajo unas cejas espesas y canosas que se movían como orugas. Parecía torturado por los músculos de su cara. A veces la frente y la boca se le retorcían, a veces llenaba las mejillas de aire y lo soltaba con fuerza, desinflándose de golpe. Era serio, sin embargo; hablaba a la velocidad y con el acento de los madrileños, por lo que solo le entendía la mitad de las frases —nunca se lo confesé, ni siquiera cuando nos hicimos amigos—, pero igual daba la impresión de estar diciendo cosas tremendamente serias.

Lo primero que me preguntó fue si era traductora diplomada. Respondí que sí, y estrictamente no mentía (él no me había preguntado de qué idioma, y yo tenía un diploma, aunque nunca hubiera traducido una línea de francés). Durante un rato, mientras nos comíamos una bolsa de facturas, me enseñó a usar el *software* y luego me propuso hacer una prueba, subtitular un programa periodístico sobre una garrapata de los bosques suizos que transmitía una rara encefalitis. Trabajé dos días y sus noches; busqué cada palabra y cada expresión en múltiples diccionarios; leí innumerables artículos en francés sobre las garrapatas y otros parásitos; sentí en carne propia cada uno de los síntomas de esa pobre chica de veintiún años que casi había visto la luz al final del túnel, y descarté mentalmente la posibilidad de pasar mi vejez escribiendo en los bosques suizos. Entregué justo a tiempo, y esa misma noche José Luis me llamó y me dijo unas palabras ininteligibles y graves que luego interpreté como «bienvenida al equipo».

Así pasó el invierno y empezó la primavera. Entre documentales sobre huertas orgánicas en Quebec, volcanes, torpedos de la segunda guerra mundial, la masacre de los perros inuit y presos heroicos que lograban escaparse de una cárcel de alta seguridad con un alfiler de gancho. Aunque

solo pudiera entender la mitad de lo que decía, o tal vez por eso, José Luis se convirtió en un buen amigo. Tenía un sentido tan espléndido de la compasión y de la generosidad, que siempre terminaba salvándoles el pellejo a los traductores que no llegaban a cumplir con las fechas. Pasaba varias noches a la semana despierto, traduciendo a velocidades prodigiosas lo que otros abandonaban. Ni una vez les cobró por esos rescates que le costaban horas de sueño, ojeras y lumbago. Había sido editor y traductor de clásicos franceses, y ahora quería dejar los subtítulos para dedicarse otra vez a la traducción literaria. Tenía el tipo, con su cara nerviosa y sus dedos cortos y rápidos, de alguien capaz de pasar meses sentado en una habitación mal iluminada traduciendo a Proust o a Stendhal.

José Luis era otro exiliado voluntario en Buenos Aires y eso también nos unía. Íbamos a comer *pizza* a El Cuartito, donde intentaba convencerme de que dejara la ciudad y me fuera a cualquier parte, lo más lejos que pudiera del asunto tenebroso de los juzgados. Yo le explicaba que eso significaría irme vencida, pero él no entendía de victorias ni de fracasos; la única victoria, para él, era olvidarse de uno mismo. Incluso me ofreció su casa en Madrid, mientras él seguía reclutando traductores en Argentina, Chile y Uruguay, pero yo me mantuve firme, cosa que desilusionó mucho a sus cansados músculos faciales. «Eres una verdadera mula», me dijo, y llenó el pecho y las mejillas del aire aceitoso de la pizzería.

Es probable que José Luis se haya alegrado más que cualquier otro de mis amigos cuando finalmente le conté que dejaba la ciudad por mis propias razones: acababan de darme la beca. Él recibió la noticia en Vietnam, donde se había enamorado de una ciudad y de una mujer. Ya no trabajaba en los subtítulos. Lo imaginé concentrado y cejijunto, las canicas de los ojos en perpetua sombra, mientras traducía algo farragoso entre sorbo y sorbo de cerveza Bia Hoi. «¿Adiviná qué?», le escribí. «Ahora que terminé de comprar los muebles, tengo que deshacerme de ellos».

AGUA

Hay que verlo cómo está: pálido, haciendo fuerza con la sonrisa para no desilusionarnos, como trasplantado de la ventana del Varela a un asiento que se balancea y salta sobre el agua barrosa del delta. Va haciendo chistes, pero una mano tensa, de dedos largos, lo delata. «Ricardo está nervioso», le digo a Ariel, «mirale la mano». Blanca, sin sangre. Firme y delicado el gesto con que se aferra a la baranda. «María Celia tiene todo bajo control», dice Ariel, con su inigualable capacidad tranquilizadora. Y tiene razón, uno se abandonaría a María Celia Labandeira sin dudarlo. Digna y brillante —por su inteligencia y porque brilla, literalmente, como una estatua antigua, sagrada—. Apoyo la cabeza contra la ventana abierta; no sentimos el calor de Buenos Aires aquí, con el viento de frente. Restos de una espuma invisible me rozan la cara. Llevo un sombrero panameño, lo que demuestra que viaje al Tigre es, para nosotros, un safari a otro continente.

El canal principal es un delirio: tráfico incesante, estelas de espuma amarillenta se convierten en un oleaje desigual, cruza una lancha de pasajeros en dirección contraria, por la izquierda salta una lancha-policía, algunos temerarios andan en kayak. «Tendrían que poner semáforos», pienso, sin saber que hay una historia trágica en estas aguas, un amigo de María Celia que murió del mismo modo en que ahora imagino cómo nuestra lancha se despedaza, cómo vuelan los cuerpos desmembrados entre el géiser de espuma, casi bello, rojizo ahora por la sangre y la madera pintada. Trato de alejar el pensamiento. Digo, por decir algo, que el año se está terminando y qué locura, cómo se va otro año. Toco con disimulo el brazo de Ariel. Un escritor-salvavidas. ¿Qué mejor que eso? Ariel siempre huele como si acabara de salir de la pileta. Como si acabara de rescatar a alguien. «Tendríamos que casarnos», pienso. María Celia con Ricardo; Ariel y yo: dejar que tomen el control de nuestras vidas.

«¡Casi, casiiii!», grita un niño que espera en el muelle. Mira la brecha cada vez más angosta entre nuestro barco y la plataforma y agita las manos para sostener el peso de su alegría. «¡Ahora sí!», le dice a la madre, que se

acerca para sujetarlo del brazo. Los de adentro nos amontonamos para bajar; es una isla concurrida, Tres Bocas, y muchos visitantes vienen por el día. Esta noche hay una fiesta de disfraces.

Ricardo recuperó los colores y ahora va agarrado de María Celia. En la casa de Baigorria ya empezaron el fuego y hay varios hombres en bermudas y sin camisa. Los vasos son de distinto tamaño. Las botellas que trajimos se amontonan sobre el mantel como un oscuro arreglo floral. Las sillas se acabaron, así que algunos están sentados en reposeras de playa y se ven muy bajos; apenas alcanzo a verles el jopo o el marco de los lentes por encima de la mesa. Los de las reposeras son también los que prefieren el sol y lentamente se van poniendo rojos. Susi González y Baigorria van y vienen con ensaladeras y más vasos (aún no pasamos a las tazas; quedan los que fueron frascos de queso untable o de mereste melada). El olor a carne se mezcla con el de otros asados en los jardines vecinos; el humo no se ve, ¿subirá acaso por las chimeneas hasta unirse como una gran nube sobre el cielo de la isla?

Siempre tiene algo de ensueño el momento en que todos suspenden sus preocupaciones y están ahí, pura presencia: felices al mismo tiempo, conscientes incluso de lo ilusorio y pasajero de su felicidad. ¿No es esto la sabiduría? ¿No es esto acaso lo que llaman normalidad? Una abeja pasa zumbando frente a mi plato. Varias manos intentan espantarla, pero ella vuelve y se encarniza contra mí. Oigo el zumbido fuerte, cerca de la oreja, aunque no la veo. Me quedo lo más quieta posible. Las abejas son toros en miniatura y no hay peor estrategia que provocarlas. Los demás abandonaron la conversación y se dedican a mirar el espectáculo de la corrida. Yo inmóvil; la abeja un toro enardecido. Una mano agita el aire cerca de mí, la veo, o más bien recibo el viento que esa mano genera. «No», alcanzo a decir; los ojos de los demás son el aliento contenido del público, y en el fondo —pienso— quieren que me pique, que la placidez se interrumpa con un acto de dolor.

La abeja finalmente se va pero yo quedo en otro lado, alejada de la conversación y de esa palabra rimbombante: la convivialidad. Y ahora veo que las dos se parecen, «rimbombante» y «convivialidad», las dos pecan del mismo impulso de repetir sonidos, intentan detenerse en cada letra para no acabarse más. Me sirvo un poco de la ensalada de papa; el asador suelta una provoleta sobre mi plato que se ablanda como un chicle gigante.

Estoy retraída y silenciosa cuando la abeja vuelve, y será por eso que los demás ni la notan. Esta vez viene sin buscar pelea; flota un momento sobre mi plato y se posa en un pedacito de manteca de marihuana. Las patas se le

pegan, se empantana, y veo cómo se esfuerza por liberarse. Con una pata intenta soltar la otra, pero inevitablemente esa también queda atascada. Saco unas gotas de agua de mi vaso con una cucharita y se las echo encima. Ella se sacude. El horror, el horror. ¿Así sentirás la lluvia? Aletea y parece que por fin va a liberarse, pero no, vuelve a caer; o tal vez simplemente se quede ahí por otro motivo, motivos difíciles de entender para cualquiera, incluso para ella misma. La segunda vez le tiro un chorro directo del vaso. «Te bautizo», pienso. O incluso lo digo bajito. Nadie me presta atención; lo importante siempre ocurre en otra parte. La abeja santa se resiste; enganchada de las patas, agita las alas mojadas aunque aún impermeables. Otro chorro de más arriba —ella sentirá una catarata—, y se queda quieta. ¿Qué espera? La reverencia. Mi abeja santa tiene la gracia y es incapaz de todo pecado. Con la cuchara despego las patas de la manteca. La abeja sigue inmóvil, sus alas plegadas y transparentes como un tul que le cubre el cuerpo desnudo.

No puedo estar sentada. «¿No se volvió predecible la falta de sorpresa?», le oigo decir a alguien. Tal vez Ariel, sí, él podría haberlo dicho. Pero no me detengo a escuchar las respuestas; camino hacia el jardín delantero. Allí no hay sombra y el más leve movimiento trae de vuelta el calor. Me parece oír el zumbido de todos los insectos de la isla al mismo tiempo. Al frente de la casa hay un embarcadero; la escalera baja hasta el agua escasa del canal. Pasan kayaks y botes a remo, pasan pequeñas lanchas silenciosas que, al verme, dejan un saludo. Intento imaginar cómo sería vivir en esta isla: por las noches escucharía el canto coordinado de las chicharras, el ruido de un remo apartando el agua. «Me suicidaría», pienso, «terminaría saltando al río encadenada o con piedras en los bolsillos». No, miro la corriente y el suicidio no es lo mío. La Rata siempre hablaba de suicidarse, amenazaba con eso, pero tampoco iba a hacerlo nunca. Su vida le fascinaba; sentía una verdadera devoción por su sufrimiento. Y qué iba a ser de él, muerto, sin las luces del escenario. Ya no podría tirarse al piso, rodeado de botellas vacías, la cocaína desparramada sobre el piano o en tizas que él raspaba con un rallador de queso, gritando: «¡Abuelo, perdón! ¡Te traicioné!», y luego romper el rosario y gatear sobre la alfombra juntando las cuentas, entre sollozos interminables. Nada de eso sería posible estando muerto, a menos que los gusanos contaran como audiencia.

No sé cuánto tiempo me quedé sentada en el embarcadero, viendo los botes alejarse sin ruido como extrañas serpientes de agua dulce. En algún momento oigo un crujido y miro hacia atrás. Ariel se acerca con las manos en los bolsillos, los ojos clavados en los pies. «Qué silencio», digo. «¿Oís el

zumbido?». Él me pregunta si la manteca de Susi ya me está pegando. «No, no, en serio, hay un zumbido». Se recuesta contra la baranda y mira el agua. «Está baja la marea», dice. Vuelvo a analizar la posibilidad de casarme con él y de mudarnos al Tigre. Le miro los brazos, la parte de las muñecas donde se le marcan los tendones. Podría bañarme en el mar todos los días sin miedo a ahogarme. En eso pienso, y en las chicharras, cuando de pronto se oye un estruendo de agua, no un splash sino una implosión, como si el agua se reabsorbiera, y en la base de la escalera aparece Miguel, otro amigo de Baigorria. Tiene algo de monstruo de las aguas: el pelo llovido, el *short* pegado a los muslos, todo chorreando agua, los pelos de las piernas como un dibujo extraño y arborescente, algas adheridas a la piel blanca. «¿Está fría?», le pregunto, y Miguel, que aún no recupera el aliento, sacude la cabeza. Después cuenta que casi llegó hasta la desembocadura. Trato de convencer a Ariel para que se tire (lo que quiero es verlo sin camisa). Él se ríe. No tiene calor. Insisto; pienso en mi abeja y le digo que saldrá del agua purificado. Me mira a los ojos y por un segundo, estático, sé que él también tiene ganas de rescatarme. Pero entonces Miguel termina de subir la escalera y se sienta con nosotros. Sus pies mojados dejan manchas oscuras en la madera.

Al rato el embarcadero está lleno y nos sacamos una foto grupal. Algunos se tiran al agua, otros salen a explorar la isla. Susi conversa con el travesti que vive al otro lado del canal. Él le cuenta que está descompuesto, que algo le cayó mal y no durmió en toda la noche. «¿Viste qué divina está mi hortensia?». Se inclina para acariciar la flor curva, como una cúpula rosada, pero se endereza enseguida con un quejido. Se frota la tripa que le salta entre la minifalda y el bucito de *lycra*. «Soy una bola de gas», dice, y Susi, que es médica, le promete que en un rato le alcanza un remedio que no falla. Los que estamos en el embarcadero no participamos de la conversación, pero la seguimos atentos. Junto a dos frondosas hortensias hay un mástil con una bandera del movimiento LGBT; la bandera cae como una sábana ajada, pues no hay ni una gota de viento. Ahora hablan sobre cómo distinguir una hortensia macho de una hortensia hembra. La manteca de marihuana tiene a más de uno a las risas: dicen que Ricardo quedó en la mesa, la manteca lo mareó y ahora no puede levantarse de la silla.

Vuelvo al jardín para ver cómo sigue. Tengo la modorra típica del vino de mediodía y el cansancio de los días de verano, esos en que uno constata que aún tiene cuerpo. María Celia propone tomarnos la lancha; mejor no volver demasiado tarde. Ricardo cuenta lo que Troilo le dijo a su mujer cuando se

mudaron a solo diez cuadras de su casa en Corrientes y Paraná: «Vieja, quiero volver a Buenos Aires».

Ariel decide quedarse a dormir en la isla y nos despide en el embarcadero. Entre los tres vigilamos que Ricardo no se caiga al agua. «En Buenos Aires la tierra no se mueve», está diciendo. Los colores del atardecer se diluyen en el río; la calma parece absorber los sonidos de las lanchas como esas cajas de huevo que se pegan en la pared. No quiero irme y sin embargo me voy. Ariel promete traerme otro día. Nuestra lancha se acerca; se ve menos vieja, menos destartalada bajo la luz benéfica del final de la tarde, y pienso si acaso tendrá el mismo efecto conmigo.

El señor de los boletos nos ayuda a subir, la plataforma se mueve y hay que tener cuidado al pasar la brecha del embarcadero. María Celia habla poco y empiezo a sospechar que tal vez haya querido irse por otro motivo y no por el estado mantecoso de Ricardo. A veces los ojos se le ensombrecen, los rasgos se vuelven duros, como si se esforzara por mantener el control que todos le envidiamos. Pero ya no está «ahí»; y quién sabe dónde andará, porque es en esos momentos cuando tengo la sensación de estar ante una estatuilla egipcia, con su busto pequeño y su nariz recta y solemne. Va sentada frente a nosotros, pero con el cuerpo dado vuelta. En el camino, mientras rebotamos otra vez sobre el agua que parece barro endurecido, Ricardo me cuenta la historia del accidente en el que murió el mejor amigo de María Celia. Una lancha atravesada, partida al medio. Ella no vuelve a mirarnos hasta que llegamos a la estación de Tigre.

El tren acaba de arrancar cuando recibo un mensaje de Ada: «¿Dónde estás?». Hace semanas que no sé nada de ella. La última vez me visitó borracha a las dos de la mañana. Llovía, y al entrar se sacó los zapatos, las medias y la pollera. Sentada en el piso, la piel enrojecida en el lugar exacto donde el elástico de la ropa interior le cortaba la circulación, la vi tomarse una botella de vino en menos de veinte minutos. Abrimos otra y ella me pasó un dedo por la pierna, desde la rodilla hasta el empeine, sobre la línea de la tibia. «¿Por qué tu piel es tan brillante?». Le pedí que se sacara la camisa, pero solo la desabrochó. Tomamos el segundo vino sin hablar, ella casi desnuda, yo vestida, midiéndonos, constatando el deseo que ya no sentíamos. Y al parecer, detrás del deseo solo quedaba la rabia, porque al poco rato, como si quisiéramos lastimarnos por el simple hecho de habernos agotado, empezamos a discutir. Ya no recuerdo ni por qué. Sofocadora y dramática, le dije. Que estar con ella era como ir a una de esas obras de teatro para ciegos: un poco de olor a incienso, una salpicadura de agua y ya te hacían creer que

estabas en una isla exótica. «¡No soy tu público ciego!». Después nos reconciliamos; le bajé el corpiño y la acaricié, pero sin ganas suficientes como para sacárselo. Tenía la boca seca; no resbalaba la lengua por sus pezones y ya empezaba a amanecer.

«Estoy en el tren volviendo de Tigre», le escribí. Al minuto sonó el teléfono y el nombre de Ada parpadeó varias veces en la pantalla. Incluso antes de su «hola» entrecortado, pude oír el ruido de voces y de música. Había una fiesta en su casa y yo no podía faltar. «Ya estás en el tren», dijo, «¡bajate en casa!».

Me recibió en la puerta con un beso exagerado. Tenía el gusto amargo de la cocaína en la boca y los labios negros de vino. Probablemente ni siquiera sintiera la lengua. Le dije que no iba a quedarme mucho y en el momento en que entré a la sala ya estaba arrepentida. No conocía a nadie y los que levantaron la cabeza para saludarme tenían las mandíbulas rígidas y hablaban como si necesitaran dejar registro de sus vidas antes del fin del mundo.

Ada estaba de un humor radiante. Enseguida me agarró de la mano y me llevó al baño. Le dije que no estaba tomando, y en alguna medida era cierto. «¿Quién te dijo que era para eso?». Cerró la puerta y se quedó recostada contra ella sin soltarme la mano. «¿Te gustó Tigre?», me preguntó. «Estás roja y todo». Le dije que sí, que había aire (lo repetí varias veces: aire, aire, había aire) y una especie de algo. «¿Una especie de qué?». Lo pensé, pero apenas podía explicármelo a mí misma. Una especie de especie, diría Lamborghini. Ada me sacó el pelo de la cara con la mano libre y se rio. «Una especie de especie y ahora estás celebrando en un baño», dijo eufórica, decidida a que nada ni nadie le arruinara la noche. «¿Por qué querés irte tan rápido?». Un golpe en la puerta nos sobresaltó. Di un paso hacia atrás hasta que nuestros brazos quedaron tirantes. Ada me soltó y fue hasta el lavamanos. Se miró al espejo y se analizó la nariz. Otro golpe en la puerta. «¡Ya vamos!», gritó.

MÁS AGUA

Estaba odiándome a mí misma pero no se notaba. Sentada en el sillón de cuero negro, hablaba como la más civilizada de las mortales, me interesaba incluso en la historia común y corriente de este chico narigón y tímido, estudiante de teatro, amigo de la infancia de Ada. El fin de su pareja de ocho años, la rutina, la insistencia de ella en tener hijos, sus intentos actorales —nunca con el suficiente arrojo, nunca satisfactorios—, mientras ella era una bióloga en ascenso, con trabajo fijo, con horarios, con un futuro planificado al detalle. ¿Por Dios, por qué seré tan chusma? ¿Por qué estoy escuchando a esta especie de Woody Allen sin gracia en lugar de estar en mi casa durmiendo? Si al menos mi vida tuviera un patrón de movimiento concreto, pensé. Un paso hacia adelante y dos hacia atrás, aunque eso significase retroceder, pero no esta cosa errática, incierta, agotadora.

No sé por qué la gente piensa que un espiral es algo bueno. La idea del espiral tranquiliza a la gente. «La historia avanza en espiral», eso me lo enseñó un profesor de secundaria. Con sus avances y retrocesos, la historia siempre se repite y en ese repetirse va cambiando, lenta, sutilmente, a lo largo de los siglos. Nadie dice que cambie para mejor, ahí está el asunto. El espiral es una figura traicionera porque nunca se sabe en qué dirección vamos, si hacia arriba o hacia abajo. ¿Y acaso el espiral tiene fin? La ilusión de movimiento deja a todo el mundo contento, satisfecho. «Me da asco», recuerdo que pensé, «vomitaría sobre toda esa gente».

Una chica rubia con una minifalda *animal print* estaba parada junto a la ventana besándose con su novio. El amigo de Ada, Samuel, me había llenado la copa incontables veces, pero yo me sentía totalmente lúcida y de hecho afirmé que no estaba borracha. Lo dije con los ojos fijos en el culo de la rubia; las manos del novio se habían deslizado dentro de la pollera y se movían como animales rastreros bajo la tela con estampado de cebra. Pero cuando el sol invadió la sala, de modo que ya no teníamos adónde movernos para evitarlo, y alguien miró la hora y gritó: «¡Son las nueve!» (lo que disparó un ataque de risa en la rubia, que seguía con la pollera a mitad levantada sobre la

nalga derecha), no tuve más remedio que concederle a Samuel que había perdido la noción del tiempo.

La verdad es que me sentía como la mierda, pero por completo despabilada, y mientras todos nos despedíamos juzgué de lo más razonable aceptar la invitación de ir a nadar a la pileta de Samuel en Martínez, para refrescarnos, porque era domingo y ¿qué iba a hacer yo con este calor en capital? «Imaginate», dijo Samuel, «cincuenta grados en el cemento», y a mí me pareció que un huevo se freía sobre mis hombros desnudos, que mis pies se hundían en el asfalto derretido de la ciudad. Las calles eran ríos de alquitrán; el capó de los autos, sartenes donde se cocinaban los excrementos de las palomas.

Nos tomamos un colectivo hasta la casa. Se trataba de un mero galpón, un garaje sin pintar, con las paredes de concreto a la vista, una especie de depósito en el que se amontonaba una incalculable cantidad de chatarra. Y entre la chatarra, alguna cosa más o menos completa, una heladera, una silla. Pero resultaba difícil encontrarlas entre tanta mugre estelar: pedazos de bicicletas, caños, baldes, ladrillos, trapos. Al fondo, sin embargo, después de atravesar una puerta de metal que ni siquiera cerraba, había un gran jardín y una pileta rodeada de arbustos altos y espesos. Entre las hojas alcancé a ver otras piletas en las casas vecinas. De vez en cuando se oía el estruendo de una bomba humana en el agua, seguido de risas y voces infantiles. «Esto no es Buenos Aires», recuerdo que pensé, «es otro mundo». Por un momento creí que Woody Allen me había drogado, y puede que sí haya tomado alguna cosa, además de la manteca, porque cuando Julia llamó para invitarme a desayunar, le dije algo incoherente que luego ella reprodujo así: «Estoy en la parte baja del espiral. Pero ¿sabés qué? Lo raro es que se siente igual que la parte alta. ¡Es lo mismo! Ahora lo veo. Arriba y abajo son la misma cosa». Cuando ella me preguntó qué significaba «la parte baja del espiral», al parecer yo me enardecí: «¡La bajada!», le dije, «¡la bajada y la subida!».

Hojas marrones cubrían la pileta y lo primero que pensé fue que estarían podridas, tal vez gestando alguna enfermedad. Samuel agarró un calderín y se puso a sacar las hojas. El roce con el agua hacía un ruido de burbujas que enseguida me tranquilizó. Él se movía por el borde enlozado de la pileta. Sin hablar y sin apuro, rastrilló la superficie hasta dejarla bastante limpia. «Fue la lluvia», dijo, y ahí recordé la última tormenta, tres o cuatro días atrás, solo que en la ciudad nunca imaginaba la lluvia cayendo sobre los árboles y empujando las hojas hacia una pileta.

Como no tenía traje de baño, se me ocurrió taparle los ojos a Samuel con mi pañuelo, un gran cuadrado de tela doblado como un triángulo. Se lo até detrás de la cabeza, comprobé con todo tipo de señas que no pudiera verme, y de paso le hice dar algunas vueltas, de modo que al final parecía una mezcla de gallinita ciega con ladrón del Lejano Oeste. Él giró, obediente, y mientras yo me sacaba la ropa lo vi parado y temblequeante, con las manos estiradas delante de sí, tratando de aferrarse al aire como un mendigo. Después oyó la explosión de mi zambullida y supongo que se habrá sacado el pañuelo y habrá visto mi sombra bajo el agua, las manos y las piernas juntas, una línea disparada hacia adelante.

El agua estaba fría y no tenía el olor penetrante de las piletas cloradas. El impulso de la zambullida me alcanzó para llegar al otro lado, pero mientras avanzaba vi fragmentos de hojas, rocé el fondo áspero de tierra y comprobé que el agua dulce se abría con facilidad ante mi cuerpo. Ojalá hubiera podido quedarme bajo el agua, en ese silencio, en ese bienestar ingrávido, pero al sacar la cabeza el mundo hizo un ruido de embudo y reapareció amplificado.

Samuel ya estaba sumergido. Me quedé en la punta opuesta de la pileta, intentando alejar las hojas con los pies. Estábamos unidos por el agua, en nuestros fluidos, en nuestra baba, en el sudor de nuestros cuerpos nocturnos. «Tanto residuo», pensé. Él se acercó un poco; yo nadé sin meter la cabeza para calcular nuestra distancia. «Es el residuo», dije, y me vi obligada a inventar una explicación: el residuo de las hojas. Después le conté sobre el año en que me obligaron a competir en natación para la escuela. Yo no sabía nadar, me faltaba el aire, me ahogaba, pero el día indicado competí igual. Las gradas llenas de padres y de compañeros; las cabezas amontonadas para vernos, ridículas en nuestras gorras de goma que se abrochaban bajo el mentón. No cabía un alfiler, y el ruido, le dije a Samuel, el ruido era algo que nunca olvidaré. «¿Y qué hiciste?», preguntó él, consternado (ya ni siquiera intentaba acercarse; se había agarrado del borde y los dos movíamos las piernas en círculos). «Nada. Me paré en el cubo, esperé el silbato y me zambullí». Pero allá abajo, dentro del agua celeste, vino el silencio; igual que ahora, igual que hace un rato.

Nos había bajado el cansancio, sobre todo a él, que estaba pálido y apenas mantenía los ojos abiertos. Era un chico tranquilo, en realidad, un muchacho que podría haberse casado con una bióloga y criado a sus hijos como ella criaba células en un laboratorio. Despacio salió del agua y fue a buscar unas toallas. Dejó una junto a mi ropa y me dijo que me esperaba adentro. Lo vi desaparecer por la puerta de metal, pero me quedé en el agua, mirando el sol

que se filtraba entre las ramas convertidas en siluetas. Empezaba a hacer frío o mis movimientos no alcanzaban a mantenerme en calor. Dejé que los dientes me castañearan un poco —me gustaba esa sensación, el temblor incontrolable del cuerpo— y al salir de la pileta me envolví en la toalla, que tenía un olor suave a encierro, a ropero humedecido.

Demoré en vestirme; estuve un rato sentada en una reposera, bajo el único rayo de sol que todavía se colaba entre los árboles, y cuando finalmente entré a la casa y pasé junto al cuarto de Samuel, lo vi envuelto en su toalla, dormido. No lo desperté. Él también sabía, siempre supo, que no nos volveríamos a ver. Seguí de largo hacia la calle, tratando de no chocarme con ningún fierro o tarro de pintura, cerré despacio la puerta y volví a casa.

CÍRCULOS

No sé cómo se cierra un círculo. Ojalá fuera tan fácil como anudar las dos puntas de una cuerda (pero cuánto tardé, de niña, en aprender a hacer un nudo). No sé por qué a todo el mundo le gusta decir eso: «Cerré un círculo». ¿Por qué se habla de cerrar círculos o etapas como quien cierra un frasco de mermelada? Estamos abiertos; todo sigue abierto, en perpetuo riesgo de infección. Anoche mismo vi en internet la foto de un leopardo que desgarra el cuello de un antílope. El gesto del antílope, su entrega, la manera sensual en que arquea el cuello hacia atrás, ofreciéndose a la mordida fatal. El depredador asume, y eso también le reprocho a la Rata, que no quisiera pagar precio alguno. En su intento por desgarrarme el cuello hubo deseo, sí, pero un deseo vulgar, ignorante de que no hay muerte sin ofrenda ni sacrificio sin ritual.

Estábamos con Ricardo en su casa cuando recibí la noticia. Cada tanto nos sentábamos en el sofá con las manos en las rodillas y la mirada al frente, y escuchábamos *Hay cadáveres* en la grabación de Perlongher. La escuchábamos entera, sin hablar ni mirarnos, y después comíamos *pizza* con aceitunas. Supongo que ya habríamos terminado de cenar cuando abrí el correo en su computadora —tan vieja que sonaba igual al pecho de un asmático— y encontré el mensaje. El primer mensaje de la Rata en cinco meses. Dudé en abrirlo. Miré hacia el ventanal donde se reflejaba el interior del departamento. Ricardo leía y pensé si acaso él podría notar un cambio en mi postura, alguna señal de alarma. Pero no, siguió leyendo sin levantar la cabeza, con un vaso de vino al alcance de la mano, concediéndome la soledad necesaria para enfrentar aquel momento sin su ayuda. «Acá mismo, hace no tanto, festejamos mi cumpleaños», pensé sin motivo. Y recordé el papel picado que había tirado por el balcón, como escamas, piel vieja, descartable.

En su mensaje, la Rata aceptaba la propuesta de la fiscalía y se despedía diciendo: «Las mujeres son todas unas abusadoras protegidas por la justicia». Trabajo comunitario, terapia grupal, indemnización y no contactarme por ningún medio. Eso, durante un año. La constatación me llegó como una

descarga eléctrica. Tanto tiempo esperando que el círculo se cerrara; ocho meses, casi, convencida de que la decisión del juzgado solucionaría todo, y ahora, por más favorables que fueran las condiciones, sentía cualquier cosa menos alivio. Archívese.

Más fácil para la fiscalía que para mí. ¿Cómo se archivan los expedientes internos? ¿Cómo se archivan los expedientes en ese lugar que también es un pasillo, largo y a veces oscuro, pero que no tiene ventanas de guillotina? «Se apilan», pensé, acumulan telarañas y polvo durante años y un día la pila no aguanta el peso y simplemente se nos viene encima.

De chica soñaba con círculos de colores. No quería dormir con tal de evitar el vértigo de esos círculos que se achicaban y agrandaban sin detenerse jamás; círculos incesantes, concéntricos, atroces; círculos psicodélicos que me despertaban a mitad de la noche mareada y nauseosa. Con la indemnización que fijó el juzgado, compré el pasaje que me sacaría de Buenos Aires y me depositaría en Brooklyn, donde se abrirían otras líneas, un nuevo territorio sin cartografiar.

Y el asunto de los muebles fue otro círculo, si se quiere.

Baigorria alquilaba con Andy un departamento austero y helado en el Once. «Austero» es un eufemismo: directamente no tenía nada. Un día vino con un flete y en media hora se llevó lo que tardé un año y medio en armar. Hacía apenas dos semanas había colgado el último cuadro, después de que pasara nueve meses en el piso, recostado contra la pared. Por esos días también compré una silla buena, ergonómica. Mi superstición consistía en seguir adelante como si nada, como si la ilusión de la beca no brillara, intermitente, en la oscuridad de mi futuro. La técnica me la había enseñado un amigo japonés: «No miedo, no ansiedad, no esperanza».

Algo fantasmal ver ese espacio nuevamente vacío, igual a como lo recibí, las mismas maderitas levantadas del parqué, las mismas roturas en la persiana, sin huellas de mí excepto por ese último clavo. Hasta la sombra de los cuadros del antiguo inquilino seguían ahí. Huella sobre huella. Marcas que se acumulan no solo sobre el cuerpo sino también sobre los espacios.

Dos días antes de dejar Buenos Aires pasé por el departamento de Baigorria. Un lugar helado, como dije, porque los cuartos daban a un pasillo abierto y él no tenía estufa. Pleno julio y Osvaldo Baigorria, como un monje o un indio imperturbable, cebaba mate en su pieza con la puerta abierta de par en par a ese balcón oscuro, donde se oía el aleteo de las palomas que anidaban en los tragaluces, un aleteo magnificado por el silencio y por el eco cavernoso del pozo de aire. Yo acababa de pasarle a computadora algunos artículos que

él había escrito para *Cerdos y peces* y hablamos principalmente de eso: del porno en los años setenta, del sida, de Perlongher, a quien Baigorria conoció bien. Estaba sentada en la que había sido por poco tiempo mi silla ergonómica; él, en la cama donde, una semana antes yo había dormido. Sobre la mesa esperaba la pava caliente. Eran los mismos muebles —mi pequeño cuarto transportado—, pero ya no los reconocía. Como niños que han crecido demasiado rápido; como un amor envejecido.

Cebamos unos mates más. Desde donde estábamos no podía intuirse el estruendo de la calle, el fervor de los peatones en plena tarde, haciendo cola en los Rapipagos, comprando chupetines en los quioscos protegidos por rejas o hablando por teléfono en las cabinas de los locutorios. Envolví el mate tibio entre las manos y tomé el último. No hay territorio sin un vector de salida. Miré el reloj; eran casi las cuatro. «Me voy de Buenos Aires para quedarme», le dije a Baigorria antes del abrazo de despedida: «Canta el hototogisu / precisamente hoy / que no hay nadie».

REGRESO

Unos meses después de llegar a Nueva York, recibí un *mail* de la sobrina de Marita en el que me informaba, con tono íntimo, que Marita había regresado a Puerto Rico. La carta hablaba también de sus esfuerzos, de lo difícil que había sido encargarse de su tía todos esos años, siempre controlando que comiera, que no tomara alcohol a escondidas, que el muñón no se le infectara, que fuera a las reuniones del grupo. «¿Y para qué?», decía. «¿Para qué?», se preguntaba, con desesperación o con tristeza o con odio (ya nada revelan del otro las letras impersonales de la computadora).

Leí el mensaje varias veces. Parecía tirar de las riendas, frenar todo el tiempo aquel caballo nervioso que era su furia contenida desde hacía doce años. Comprendí que no tenía con quien hablar o quizás se confesara conmigo porque era una total desconocida y uno aprende en las películas que esas cosas son posibles. «Tanta negatividad», decía, «tanta falta de agradecimiento». ¿Qué le había dado Marita a ella? Nunca había aprendido a vivir; era egoísta, como si el mundo le debiera algo. ¿Y qué le daba Marita al mundo? Por suerte otro sobrino se había ofrecido a recibirla en San Juan; acababa de divorciarse y vivía solo en una casa demasiado grande para él. Antes de irse, Marita le había pedido que me escribiera (ella no sabía usar la computadora) y que me comunicara su nueva dirección. «Usted fue su única amiga en Buenos Aires», terminaba la carta, «yo he cumplido».

Al principio pensé en responderle, aunque más no fuera para agradecer el gesto. Pero los días pasaron y el mensaje quedó sepultado debajo de otros más urgentes. Supongo que no lo hice por pereza, o por esa sensación que tengo a veces de lo poco que vale la pena casi cualquier movimiento. Un día, en el subte de regreso a Brooklyn, me sorprendí pensando en la sobrina con verdadera rabia. «A mí sí», pensé, «a mí sí me dio mucho Marita». Pero no iba a decírselo a ella, no iba a aliviar la compasión que sentía por sí misma.

A veces imagino a Marita arrastrando su pierna ortopédica hasta el buzón (si es que hay buzones en Puerto Rico como yo los imagino, de latón y a la entrada de las casas); la veo abrirlo, mirar dentro de la caja vacía con los

mismos ojos feroces con que miraba a lo lejos desde mi ventana, y volver a cerrarlo. O la veo buscar mi nombre entre las cartas que no son más que propaganda de bancos y tarjetas de crédito, diciendo con una sonrisa débil: «Cabrona…». Más de una vez empecé a redactarle cartas mentales, pero enseguida me ganó el cansancio. La verdad es que no sabría qué decirle; no sabría de qué hablar con Marita si no estamos mirando techos en el silencio de la luz menguante. «Va a volver», pienso, como en un exorcismo, y recuerdo la noche en que nos despedimos en mi departamento vacío.

No quedaba nada más que la escoba y un balde con trapos y productos de limpieza. La luz del techo estaba prendida, sin pantalla, la bombita otra vez colgando del cable torcido. Había bajado la persiana porque anunciaban lluvia y no quería que el vidrio se ensuciara antes de entregarle las llaves al dueño. Lo recuerdo porque pensé que era la primera vez que nos veíamos bajo la luz artificial y sin aquel paisaje que nos libraba del peso de las palabras. Nos dimos un abrazo corto, y al separarnos, por el simple impulso de la mano, le toqué la pierna falsa. Fue apenas un roce, pero ella lo sintió, nunca sabré cómo. La vi enrojecerse y creo que yo hice lo mismo porque sentí un golpe de sangre en las mejillas. «Cabrona», dijo. Un comienzo de sonrisa se intuía ya en la boca blanda. «Vas a tener suerte, cabrona».

Fernanda Trías (Montevideo, Uruguay, 1976). Escritora, traductora y profesora de escritura creativa. Obtuvo su maestría en Escritura Creativa de la New York University (NYU). Es autora de las novelas *La azotea* (2001) y *Cuaderno para un solo ojo* (2002), y del libro de cuentos *No soñarás flores* (2016). En 2006 obtuvo el premio a la cultura nacional en Uruguay, y en 2017 el premio SEGIB-Eñe-Casa de Velázquez en España. Actualmente vive en Bogotá, donde es profesora en la Maestría en Escrituras Creativas de la Universidad Nacional y dirige el Taller Distrital de Novela de Idartes. *La ciudad invencible* se publicó primero en Nueva York bajo el título *Bienes muebles* (Brutas Editoras, 2013), posteriormente en España (2014) y Uruguay (2015) con su título actual.